

# CRISTIANDAD



# 103

## RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

1 JULIO

1 9 4 8

Se conmemora este año con toda la solemnidad que el personaje merece, el centenario de la muerte de JAIME

BALMES, el filósofo catalán, que a sus grandes dotes de pensador unía la excelencia y donosura de su lenguaje. Desarrolló con su estilo fácil y resuelto una labor periodística de primerísimo orden, pero sobre todo su finura en el análisis y su acuidad receptiva de los momentos decisivos por los que atravesó España y Europa en su tiempo, le hacen sobresalir entre las personalidades políticas de la época.

Ya se han celebrado y todavía han de tener lugar diversos actos —entre ellos incluso un Congreso de Filosofía— en honor del insigne escritor. Son demasiado importantes para que CRISTIANDAD pretenda destacar entre ellos. Sin embargo, no puede dejar de contribuir a estos homenajes con su modestísima aportación. Esta consistirá —por lo que se refiere a este número— en presentar algunas anotaciones a los escritos en los que se manifiesta el pensar de Balmes alrededor de aquellos acontecimientos europeos de los cuales nunca se exagerará bastante la significación y la trascendencia, que acabaron conmoviendo a nuestro continente entero con el estallido de la Revolución francesa de 1848, justamente en el mismo año de la muerte de nuestro pensador.

Estos tristes albores de revolución que gravitaban e influían ya sobre los presagios de Balmes merecen nuestra especial atención y en este sentido orientamos el presente número, cien años después de aquella gravísima conmoción política.

Editorial: **Balmes actua**

**El fracaso de «una oleada conservadora y liberal»,** por Tomás Lamarca (págs. 291 a 294); **Balmes y 1848: El «crac» del principio de autoridad,** por Luis Creus Vidal (págs. 294 a 298); **Balmes ante la cuestión social,** por J. Grenzner Montagut (págs. 298 a 300); **¿Qué pensaba Balmes hace cien años?,** por Fernando Serrano Misas (págs. 300 a 304); **Influencia de Balmes en la América española,** (págs. 305 a 307)

**Balmes y la unidad europea,** por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 308 a 310).

**De actualidad,** por J.-O. C. (pág. 311).

**Orientaciones Bibliográficas,** por Fernando Díaz Palos (pág. 312).



# Martín Oliva

SOCIEDAD ANÓNIMA

## Tejidos Algodón



Bailén, 68  
Teléfono 50587  
**BARCELONA**

## LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido

## CERTAMEN ESCOLAR CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE BALMES

Las Juntas del Centenario de Balmes de Vich y Barcelona, deseosas de divulgar la gran figura del pensador vicense con ocasión de celebrarse el centenario de su muerte, organizan un certamen escolar entre los alumnos de las escuelas primarias, para hacer familiar su nombre y rodearlo de prestigio, ya desde la primera edad de la nueva generación, a fin de que, cuando mayores, se animen con más facilidad a leer sus escritos y estimarlos.

A este fin ha encomendado la organización de este propósito, con el asentimiento de la Inspección de Primera Enseñanza, a la Asociación Católica de Maestros de Barcelona, la cual, honrada con una tan alta distinción, invita a todas las escuelas y colegios de enseñanza primaria, así nacionales como municipales y privados, de este distrito universitario, a participar en este certamen el cual se regirá por las siguientes

### BASES

- 1.º Podrán tomar parte todos los escolares de ambos sexos menores de quince años que sean alumnos de escuelas de enseñanza primaria.
- 2.º Los trabajos han de ser de un máximo de extensión de diez cuartillas, escritas a mano, en letra y espacios normales y bien presentados.
- 3.º Los trabajos se presentarán bajo el título escogido del cartel de temas, con un lema y la edad del autor, pero sin firma. Se remitirán contentiendo, además, otro sobre pequeño cerrado, con el nombre, y dos apellidos del autor, el del colegio en que se educa, rubricado además con el sello de aquél y la firma del Director.
- 4.º Los trabajos serán dirigidos al local de la Asociación Católica de Maestros, calle de Fontanella, n.º 18, 1.º - Teléfono 22706.
- 5.º El plazo de admisión terminará el día 30 de septiembre de 1948.
- 6.º El Jurado calificador, así como su fallo, se hará público oportunamente por toda la Prensa diaria de este distrito universitario.
- 7.º Los trabajos premiados quedarán a disposición de la Comisión Ejecutiva del Centenario de Balmes.
- 8.º La fiesta de repartición de premios tendrá lugar en Barcelona, Dios mediante, en la sala de actos de «Balmesiana», calle de Durán y Bas, n.º 2, durante la primera quincena de octubre.

*Nota.* - Los señores maestros cuyos alumnos hayan sido premiados serán distinguidos con un diploma extendido por la Inspección de Primera Enseñanza

### TEMAS

Serán desarrollados los siguientes temas por los señores maestros, en forma de lecciones y resumidos por los alumnos:

- I. - BALMES DEFENDIÓ CON SUS ESCRITOS LA RELIGIÓN Y LA PATRIA. - Premio Excmo. y Rmo. Sr. Obispo de Barcelona, 500 ptas. Otro premio del Excmo. Sr. Gobernador Civil de Barcelona, también de 500 ptas.
- II. - HISTORIA DE ESPAÑA EN LA ÉPOCA DE BALMES. - Premio del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la provincia, de 500 ptas. Otro premio del Servicio Español del Magisterio, de 250 ptas.
- III. - AMOR DE BALMES AL ESTUDIO. - Premio de la Excmo. Diputación Provincial de Barcelona, de 500 ptas. Otro premio de la Comisión Ejecutiva del Centenario de Balmes, de 500 ptas.
- IV. - POR QUÉ BALMES ES UN GRAN HOMBRE. - Premio del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, de 500 ptas. Otro Premio del Frente de Juventudes, de 250 ptas.
- V. - VIDA DE BALMES - Premio del Excmo. Ayuntamiento de Vich, de 500 ptas. Otro premio del Colegio Bonanova, de los HH. de las EE. CC., de 300 ptas.
- VI. - BALMES NIÑO. - Premio de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, de 500 ptas. Otro premio del Colegio de los PP. Jesuitas, de 250 ptas.
- VII. - TEMA LIBRE. - Premio de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, de 500 ptas. Otro premio del Colegio de las Escuelas Pías (calle de la Diputación), de 250 ptas.

# CRISTIANDAD

NÚMERO 103-AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 502, 2.º, 1.º - Teléf. 22446  
BARCELONA

1 de Julio de 1948

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222567  
MADRID

## BALMES ACTUAL

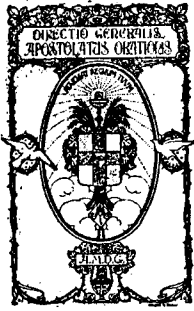
No es la actualidad puramente circunstancial de Balmes lo que mueve a *CRISTIANDAD* a dedicarle su atención y sus páginas, sino su actualidad profunda, la actualidad innegable de su pensamiento ante los variados temas religiosos, políticos, filosóficos y sociológicos que desarrolló en sus obras, aquella misma actualidad que hacía exclamar a Menéndez y Pelayo, ya medio siglo después de la muerte del pensador refiriéndose concretamente a sus escritos políticos: «Lo que contienen de personal y transitorio es tan poco, que más parecen escritos en previsión de lo futuro que en crítica de lo presente. Graves, doctrinales unas veces, otras finamente cáusticos, modelos de habilidad polémica y de fuerza dialéctica, pertenecen, literariamente hablando, a un género de periodismo que ya pasó y de que hoy apenas nos queda vestigio ni recuerdo...»

En ello reside el secreto de la actualidad de Balmes, en aquel punto de vista superior no ligado a la pura circunstancialidad, en que se situaba al escribir. Sin éste, los aspectos de Balmes filósofo, Balmes historiador, Balmes sociólogo, político, apologista y pensador, no serían bastante para que nuestro tiempo se acercara a sus páginas en busca de soluciones perdurables. «La verdad, decía, es de suyo fuerte y robusta, y como es el conjunto de las mismas relaciones de los seres, enlázase, trábese frecuentemente con ellos, y no son parte a desasirla ni los esfuerzos de los hombres ni los trastornos de los tiempos.» He ahí el secreto de su perennidad

«*Opportet illum crescere!*» No se ha bebido bastante en la sana y sólida doctrina del ilustre pensador español. Entre nuestros estudiosos, entre nuestros hombres de acción ¿cuántos conocen a fondo su sólida doctrina política y social, su digna y segura posición ante las cuestiones nacionales, su firmeza en los principios, su inmovilidad en lo esencial? ¿Cuántos se han llegado a beber en sus fuentes la doctrina que, desde hace un siglo, debiera presidir siempre la reconstrucción de nuestro pueblo?

Débase, pues, estudiar, más que nunca si cabe en estas horas trascendentales, el pensamiento de nuestro vigoroso escritor. Estudiarlas y meditarlas ajustándonos a la fórmula que él mismo nos señaló como primer medio para llegar a la consecución de la verdad, con «una aplicación suave y reposada de la atención sobre los objetos que permite hacerse cargo de cada cosa, dejándonos empero con la agilidad necesaria para pasar de unas cosas a otras.»

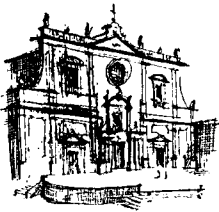




## Que los fieles frecuenten los Ejercicios Espirituales

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Julio)

Se cumple el próximo 31 de julio el cuarto centenario de las letras apostólicas por las que Paulo III aprobó y recomendó a todos, los Ejercicios Espirituales. Oremos para que sigan produciendo los frutos que durante cuatro siglos han reportado, principalmente en nuestros tiempos en los que de tal manera pesa sobre los espíritus la solicitud de lo temporal, que difícilmente queda tiempo y lugar para lo eterno. — Se trata aquí de los Ejercicios Espirituales hechos en retiro, los llamados «Ejercicios cerrados» «en los cuales el hombre más fácilmente se aparta de las criaturas, y recogiendo en su interior, se dedica únicamente a sí y a Dios, en la contemplación de las verdades divinas». (Enc. *Mens Nostra*, 20 diciembre 1929). — La intención dice: «Que los fieles...» y aunque no excluye a ningún hombre entre las diversas clases sociales, sin embargo se refiere de un modo especial a los laicos. En la Encíclica *Quadragesimo Anno* (15 mayo 1931) se lee: «Ofrezcan en primer lugar como un instrumento de restauración social y privada, lo que en nuestra Carta Encíclica *Mens Nostra* enseñamos como contenido en los Ejercicios; en la cual recomendamos los Ejercicios no sólo a todos los laicos en general, sino que de todo corazón recomendamos también como utilísimos los retiros para obreros; puesto que en aquella escuela del espíritu no sólo se forman óptimos cristianos, sino varones que se constituyen en apóstoles en cualquier condición de vida, varones inflamados en el fuego del Corazón de Cristo. Dejan esta escuela, como los Apóstoles el cenáculo de Jerusalén, fortísimos en la fe, afirmados en la invicta constancia en las persecuciones, ardientes en celo del Reino de Cristo, solícitos únicamente para propagarlo por doquier. Y es muy necesario que tales soldados de Cristo, trabajen con todas sus fuerzas en conservar incólume al género humano de la ruina y de la destrucción».



**RAZON DE ESTE NUMERO** Se conmemora este año con toda la solemnidad que el personaje merece, el centenario de la muerte de *Jaime Balmes*, el filósofo catalán, que a sus grandes dotes de pensador unía la excelencia y donosura de su lenguaje. Desarrolló con su estilo fácil y resuelto una labor periodística de primerísimo orden, pero sobre todo su finura en el análisis y su acuidad receptiva de los momentos decisivos por los que atravesó España y Europa en su tiempo, le hacen sobresalir entre las personalidades políticas de la época.

Ya se han celebrado y todavía han de tener lugar diversos actos —entre ellos incluso un Congreso de Filosofía— en honor del insigne escritor. Son demasiado importantes para que *CRISTIANDAD* pretenda destacar entre ellos. Sin embargo, no puede dejar de contribuir a estos homenajes con su modestísima aportación. Esta consistirá — por lo que se refiere a este número— en presentar algunas anotaciones a los escritos en los que se manifiesta el pensar de Balmes alrededor de aquellos acontecimientos europeos de los cuales nunca se exagerará bastante la significación y la trascendencia, que acabaron conmoviendo a nuestro continente entero con el estallido de la Revolución francesa de 1848, justamente en el mismo año de la muerte de nuestro pensador.

Estos tristes albores de revolución que gravitaban e influían ya sobre los presagios de Balmes merecen nuestra especial atención y en este sentido orientamos el presente número, cien años después de aquella gravísima conmoción política.

Editorial: **Balmes actual.**

**El fracaso de una oleada conservadora y liberal**, por Tomás Lamarca (págs. 291 a 294); **Balmes y 1848: El «crac» del principio de autoridad**, por Luis Creus Vidal (págs. 294 a 298); **Balmes ante la cuestión social**, por J. Grenzner Montagut (págs. 298 a 300); **¿Qué pensaba Balmes hace cien años?**, por Fernando Serrano Misas (págs. 300 a 304); **Influencia de Balmes en la América Española**, (págs. 305 a 307).

**Balmes y la unidad europea**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 308 a 310).

**De actualidad**, por J.-O. C. (pág. 311).

**Orientaciones Bibliográficas**, por Fernando Díaz Palos (pág. 312).

# El fracaso de «una oleada conservadora y liberal»

## I. La Charte sera désormais une réalité

Cabe la posibilidad de que fuese algún discípulo de los patriarcas doctrinarios Royer-Collard o Benjamín Constant a quien por primera vez se ocurriese la expresión entrecorrida con que se encabeza este artículo. Y ello debió de tener lugar cuando, al enterarse del sesgo que tomaban las cosas de la revolución de 1830 y advertir que Luis Felipe se preparaba para asumir la Lugartenencia del reino y escalar después el trono vacío de Francia, aquel buen doctrinario en ciernes a quien nos referimos pretendía concretar, complaciéndose por anticipado de su profunda penetración de aquella realidad política, la síntesis de lo que se iba desarrollando con la fórmula feliz: «la oleada conservadora y liberal».

Reconozcamos en honor de la verdad que la frase es de las que suelen hacer fortuna; mas, para decirlo todo, no sólo peca de imprecisa y confusoria, sino que en el fondo, y conforme después veremos, carece de sentido. En lo que tiene de vago, en lo que tiene de confusorio, en lo mismo que tiene de absurda ¿por qué no? y por aquella significación tranquilizadora de las imaginaciones excitables y de las conciencias asustadizas que tras de ella se oculta, es en lo único que hay que buscar la explicación de su éxito; pero, en el supuesto de que hubiese sido pronunciada y difundida por alguna de las bocas de la fama, ¡cuántas personas no debieron repetirla, para sus adentros, aquel día, al paso de la comitiva extraña que desde el Palais Royal, residencia de los Orleans, se dirigía al «Hôtel de Ville» de París!

Marchaba en cabeza de la misma un tambor, rodoblando; seguíanle, a caballo, algunos oficiales de la guardia nacional y en medio de ellos Luis Felipe, llevando en el ojal la escarapela tricolor que le había prendido Bérard; y cerraba la marcha cierto número de diputados presididos por el banquero Lafitte, uno de los capitostes de las conspiraciones contra Carlos X, llevado en un sillón por haber recibido durante las jornadas revolucionarias una herida en el pie. A su paso, resonaban los gritos de ¡Viva la Carta! ¡Viva el Duque de Orleans! y ¡Abajo los Borbones!

Era el 31 de julio de 1830. La revuelta duraba desde el día 27.

El General Lafayette, dueño del «Hôtel de Ville», era también árbitro, prácticamente, de la suerte de la ciudad y, por tanto, de Francia. Gozaba de singular prestigio entre los revolucionarios por su limpia ejecutoria republicana. Los amigos de Orleans acababan de ganarle para su causa.

Cuando el Duque llegó al «Hôtel de Ville», se asomó con Lafayette al balcón que daba a la Plaza de la Grève. Llevaba en la mano una bandera tricolor que le envolvía entre sus pliegues. El pueblo congregado abajo le aclamó: ¡Viva el Duque de Orleans! ¡Viva la Carta! El General le abrazó «como a la mejor República».

Horas más tarde, Lafayette había redactado un programa tan vago como la «Declaración de derechos» del 89 y corrió a presentarlo a Luis Felipe, diciéndole: «Ya sabéis que yo soy republicano y que miro la Constitución de los Estados Unidos como la más perfecta. Esta, por ahora, no conviene a Francia, pero el país quiere un trono popular rodeado de instituciones republicanas». Por orden suya se había estampado en las banderas de la guar-

dia nacional la divisa: «Libertad, Igualdad y Orden público». Para garantizarla, las Cámaras alzaron sobre el pavimento a Luis Felipe de Orleans, hijo del jacobino Felipe Igualdad.

Conforme rezaba el texto de la proclama, que siendo todavía Lugarteniente del Reino había dirigido al pueblo, el nuevo Rey juró que la carta sería desde entonces una verdad. Benjamín Constant, Guizot, Villemain, Bérard, etc., habían coreado esta declaración con un manifiesto, en el cual, a vueltas de repetir que «el poder absoluto había intentado enarbolar su estandarte, mas la heroica población de París lo había abatido», se concluía también con la solemne afirmación: «La Charte sera désormais une vérité».

\* \* \*

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en la capital de Francia, no es aventurado pensar que Jaime Balmes, estudiante de la Universidad de Cervera, los siguiese con suma atención. Contaba entonces sólo la edad de veinte años, mas sus biógrafos nos lo presentan dotado de alta madurez de espíritu y sereno criterio y entregado con toda su fuerza al estudio y a la reflexión. El día 9 del mes anterior se había graduado de Bachiller en Teología, *gratis, nemine discrepante*, y, de consiguiente, debería de encontrarse con toda probabilidad, a fines de julio, pasando vacaciones con su familia en su ciudad natal de Vich. Por más que no es probable siguiese las noticias con aquella pasión con que, según él mismo confiesa (1), lo hizo 18 años más tarde con la revolución de febrero, nos agrada imaginárnoslo meditando ya sobre aquellos sucesos y comenzando a dar cuerpo en su mente a la idea de que todo aquello no era una revolución nueva, sino una fase más de la antigua, «de ese gran hecho de los tiempos modernos, que los historiadores tomarán siempre como una época, término de una serie de grandes evoluciones, principio de otras no menos grandes» (2).

Y tampoco creemos insospechable comenzase aquí, también, a formular aquella verdad que tenía que suscribir ocho años después como dictada por aquella su vida, breve si pero riquísima en experiencia de toda clase: «... las miserias y las desnudeces de los hombres se presentan en toda su desnudez, a pesar de los varios nombres con que se pretenda encubrirlas como con gasa transparente; ahora, ahora, en este cuadro debe estudiarse la sociedad, ahora se deben llevar a colación las teorías, para confrontarlas con los hechos; ahora deben recogerse las saludables lecciones que arroja de sí la experiencia, y cuya preciosidad y abundancia puede consolarnos algún tanto en medio de tantos y tan grandes infortunios» (3).

...«Para quien haya sabido meditar, ha pasado un siglo; y si a la sazón, aunque jóvenes de veintitantos años, no contamos ya más de cuarenta por la cordura y buen juicio, muy poco habremos podido aprovecharnos del tropel de sucesos que han desfilado delante de nuestros ojos» (4).

(1) Cartas de Balmes al Marqués de Vilama de 11 de marzo de 1848 y a don Manuel Vicuña de 14 de abril del mismo año (Obras completas de Balmes, vol. I, págs. 449 y 454).

(2) Artículo sobre la Revolución francesa (Op. cit., vol. XXXII, página 398).

(3) Carta de Balmes a don José Ferrer y Subirana, de 4 de junio de 1838, (Op. cit., vol. I, pág. 70).

(4) Id. de id. a id., de 18 agosto de 1838, (Op. cit., vol. I, pág. 81).

Véase, pues, las palabras llenas de profunda significación que, sólo ocho años más tarde, le dictaba la realidad de nuestra época, la realidad incluso de nuestra patria.

## II. Lo que encerraba de verdad, en nuestro caso, la expresión «oleada conservadora y liberal»

Veamos de examinar, ahora, uno por uno, los tres conceptos que pretende fundir la frase «oleada conservadora y liberal», con la aplicación que de ellos podía hacerse a la revolución de julio y a su fruto, en particular, la Monarquía Orleanista.

Para debida claridad de la exposición y aunque sea bien conocido de nuestros lectores, comenzaremos por hacer notar el hecho de que la revolución de julio se dirigió contra la monarquía borbónica restaurada en Francia por obra de los ejércitos aliados tras la derrota del Imperio napoleónico. Esta había tenido hartos defectos entre los cuales no era el menor la falta de firmeza en sus principios políticos. La idea de la legitimidad no era un principio de gobierno y los otros que con ella se enlazaban padecieron demasiadas fluctuaciones para poder reconstituir con la firmeza que era preciso aquella sociedad quebrantada por la revolución: los vaivenes en la política sirvieron para debilitar el principio de autoridad.

«No obstante, como dice Lavissee (5), no existía en realidad descontento profundo en el país. El período de la Restauración había sido feliz para Francia desde el punto de vista material. Jamás se había conocido mayor prosperidad industrial y agrícola. Una prudente administración financiera había permitido afrontar las pesadas cargas legadas por las derrotas imperiales sin que el presupuesto pareciese difícil de sobrellevar, y casi cada año se saldaban los presupuestos con superávit. Sin duda que la restauración tenía en contra suya las condiciones en que se había operado, y el patriotismo no olvidaba 1814 y 1815. Mas, a pesar de ello el orgullo nacional se había visto satisfecho en varias ocasiones; de Grecia, de Argelia, aun de la triste expedición a España, había reportado gloria la nueva bandera de Francia. Frente al extranjero, incluso en las horas de la ocupación, Luis XVIII y Carlos X habían sabido mantener siempre la dignidad que correspondía a los soberanos de un gran pueblo. Por lo que hace a los grandes debates sobre la prensa, sobre las elecciones, jamás habían llegado a interesar más que a una parte muy pequeña de la nación, la burguesía.»

¿De dónde, pues, había de salir la «oleada»? Semejante expresión sólo estaría proporcionada en el caso de que todo el pueblo, o una gran parte del mismo, descontenta y harta de la opresión de la monarquía legítima, se hubiese levantado contra ella. Pero el levantamiento, como dice muy bien otro historiador, no fué más que de la «porción bullidora de París».

Y ni aun a ésta la movía una sola idea, un solo programa: oficiales y soldados bonapartistas, que experimentaban la amargura de la postergación, se alzaron en nombre de la gloria militar que añoraban; republicanos, restos del antiguo jacobinismo y de los demás clubs revolucionarios, lo hacían para implantar el sufragio universal; demócratas que, sin contornos bien definidos en las ideas, bullían alrededor del joven Thiers, soñando con vagos ideales de emancipación y progreso; y, finalmente, los doctrinarios relegados por los Borbones últimamente, los cuales habían comenzado por buscar refugio en la literatura, creían llegada la hora de hacer la definitiva oposición; todos ellos juntos no podían, como bien se ve, constituir una fuerza homogénea digna de asemejársele a una «oleada».

Por ello fué posible que unos pocos polarizaran esta pequeña revolución negativa en el orleanismo...

(5) Lavissee-Rimbaud, "Ristoire Générale", (vol, X, pág. 291 y sig.)

¿Sería, pues, posible que le hubiesen engañado lo más mínimo las palabras del buen discípulo de los sofistas Royer-Collard o Benjamin Constant?

Pero, vamos un poco más allá: ¿podía llamarse *conservadora*?

Oigamos lo que dice Balmes en un pasaje de sus escritos políticos (6), perfectamente aplicable a los resultados de la revolución de julio, cuando se la pretende mirar desde este punto de vista: «... conservador porque conserva lo que hay, formando gran porción de estas existencias, los empleos, los honores, las condecoraciones y, sobre todo, los pingües sueldos de unos cuantos hombres que se juegan la nación a los dados, por valernos de la enérgica expresión de Mirabeau».

O, si atendemos a sus lógicas consecuencias, más categóricamente aplicable aún aquella otra descripción del artículo que titula «Todavía hay tiempos peores...»: «Hay infortunios mayores que los de la revolución; sobre tan terribles males hay otros todavía más terribles. Y son esos males cuando la vida intelectual y moral de los pueblos es atacada en su misma raíz, cuando en medio de las delicias de la paz, de la prosperidad de los intereses materiales y de la engañosa ilusión producida por un facticio aumento de las fuerzas del Estado se destruyen las creencias religiosas, se extravían las ideas morales, se enervan los ánimos con voluptuosos goces, se nutre un desmedido orgullo, se fomenta la vanidad, aflojándose de esta suerte todos los lazos sociales y domésticos, entronizando el culto de los intereses materiales, divinizando el vicio con la prostitución de las bellas artes, substituyendo a la virtud el egoísmo, a los sentimientos nobles y elevados la mezquindad y villanía de pasiones astutas y rastreras» (7).

Era *liberal*, eso sí, y aciagamente liberal, aquella corriente que entronizó la monarquía de Luis-Felipe, y liberal fué, para su ruina y vergüenza, esta misma monarquía; y así lo expresa nuestro pensador en 1843, con las siguientes palabras:

«¿Quiénes son esos hombres que desde 1830 rigen los destinos de Francia? ¿De dónde vienen? ¿A dónde van? ¿Cuáles son sus principios? ¿Cuál la norma de su conducta?... ¿Representan un sistema estable, marchan a un blanco determinado, tienen sus ojos fijos a lo que en pos de ellos ha de venir?

... Las bases sobre las que se asienta toda sociedad son los principios religiosos y morales, las buenas ideas sobre el poder y las relaciones legítimas de éste con los súbditos. Ahora bien, ¿qué piensan sobre la religión los hombres que presiden los destinos de Francia? Para ellos *la indiferencia es un progreso social*; para ellos las naciones han dado un paso inmenso en la carrera de la civilización cuando se ha desterrado a Dios de la sociedad, cuando la ley se ha hecho atea. ¿Qué piensan sobre el poder? ¿Viene de Dios, dimana de los hombres, se origina de la simple naturaleza de las cosas? Preguntádselo, y de todo os hablarán excepto de Dios: *la voluntad del pueblo, la razón pública, la expresión de los intereses procomunales, la necesidad social* y otros nombres semejantes serán las respuestas que oiréis, y en el fondo de todo ¿qué encontraréis? Nada más que el simple reconocimiento de un hecho, hecho que tratan de modificar como mejor les agrada, sobre todo de explotar cual mejor cumple a sus

(6) Artículo titulado "Alianza con la Francia", fechado de 1.º de junio de 1843 y aparecido en "La Sociedad" de 15 agosto del mismo año, (O. C. de B., vol. XXIV, pág. 271).

(7) Artículo titulado "Todavía hay tiempos peores que los de la Revolución", aparecido en *La Sociedad*, Obras compl. de Balmes, vol. XXIV, página 370).

miras e intereses, a su sed de riquezas, a su ambición desmedida. ¿Dónde están *la filosofía, y la historia, y la humanidad, y el honor de la Francia, y el orgullo nacional, y el hermoso porvenir*, y tantas bellas palabras con que durante quince años se halagaba a la razón y a las pasiones, inspirándoles fuerte aversión a todo lo presente y preparando la explosión que había de volcar el antiguo poder,

por el altísimo motivo de que *en él no tenían cabida algunos periodistas, unos cuantos profesores y cierto número de comerciantes y banqueros?* Cambiadas las condiciones de los hombres, es un mal lo que antes era un bien; es un bien, y un bien necesario para la conservación de la sociedad, lo que antes fuera un horrendo crimen...» (8).  
Y ¿cuál fué el resultado de todo ello?

### III. A los pueblos no se les gobierna con mentiras. (Balmes, ob. comp. XXXII, 423)

... «Antes la prensa era la voz del pueblo, el eco de la nación entera, el órgano de la razón pública, la expresión de las necesidades más urgentes; el poder que lo desoyera se hacía reo de alta traición, digno de que se le arrojara con violencia e ignominia;...». ¿Por qué? Porque había que combatir a la autoridad constituida, hasta derribarla y suplantarla... Mas ahora, cuando ya se la ha suplantado, ¡ah! : «ahora la prensa es el alarido de las pasiones bastardas, el grito de la ambición chasqueada, el respiradero de las sociedades secretas que sólo se proponen provocar horriblos trastornos; el poder que la desoye hace un acto de firmeza, los hombres que se levantan a la altura conveniente sabiendo despreciarla son los únicos dignos del título de hombres del Estado; el honor nacional, la independencia del país, sus relaciones con el extranjero son cosas que el público no entiende, son palabras cuya interpretación está exclusivamente sujeta al juicio del gobierno y sus dependientes...», etc., etc. (9).

¿A qué continuar el cuadro que Balmes traza de la monarquía de julio, de sus hombres y de sus ideas? ¿Si con

lo dicho quedan ya trazados sus rasgos! Su crónica es la crónica del sarcasmo, y su principal cronista la cáustica figura de un buen vendeano. Aunque escrita posteriormente, coincide dicha crónica con la descripción de nuestro pensador. Oigamos, pues, también al cronista describir al monarca: «Jamás príncipe alguno sacrificó menos que él al prestigio y a la gloria. No profesó otra religión que la del éxito; pero tampoco existió jamás otro príncipe que buscara con más sórdida perseverancia corromper el espíritu y las costumbres del pueblo. Rodeado de ambiciones vergonzantes para las que el lujo era una novedad que no alcanzaría jamás a saciarles, Luis Felipe se ha figurado reinar según la constitución, mas reinará por la corrupción...» (10).

¿Tiene algo de particular que semejante monarquía ilegítima se viese turbada por frecuentes complots, atentados, conatos de guerra civil, peligros de conflicto internacional, como los que fueron para el de Orleans un odioso lastre de su reinado?

Pero no bastaba, todavía, con esto; surgió, pues, una nueva calamidad...

### IV. No veáis para nosotros visiones rectas, habladnos cosas placenteras y profetizad cosas alegres, aunque sean falsas. (Is, XXX, 10)

En el reinado de Luis Felipe, cual convenía a una sociedad en la que se prestaba atención, casi de un modo exclusivo, a los intereses materiales, y en cuyo seno se había despertado, por encima de todo y en todas las clases, el afán inmoderado de riquezas, de bienestar y de goces, a expensas de los principios que constituyen la base donde todo lo demás debe apoyarse, se desarrolló el socialismo y cuantas teorías conducen a la disolución:

«Al lado de los legitimistas y de los republicanos, maniobrando con la precisión del artillero la venganza, el complot y la injusticia, saturados de imprecaciones, se habían formado partidos inclasificables, sectas políticas y sociales en las que ciertos espíritus extraviados se atribuían la misión de cambiar la faz del mundo con su evangelio industrial y la promiscuidad de las sectas saint-simoniana o fourierista. Apóstoles de un progreso indefinido, novadores que trabajaban en lo caduco, cortesanos de las vanidades sensualistas de toda una escuela de epícuricos demócratas, no se dignaban descender de su Sinai de Menilmontant (11) o de su bazar del falangsterio para mezclarse con aquellas explosiones del sentimiento na-

cional. Profetas de la regeneración universal y de la armonía a producir en serie, marchaban con los ojos vendados por el camino de las perfectibilidades humanas. Después de haber hecho de la Providencia una simple fórmula imaginativa, enloquecían hasta tal punto de su personalidad, que se retiraban a su quinto piso para mejor derramar sobre la tierra el rocío de su intolerable orgullo. No obstante, de cuando en cuando, se humanizaban, para demostrarle al Gobierno *la inanidad de sus sueños y el vacío de sus esperanzas*» (12).

La revolución de 1848 no fué otra cosa que el resultado de todo ello. Y ésa sí que fué oleada que dió al traste con toda aquella mentira del régimen de julio.

«Sonó, por fin, la hora...», dice Balmes, y «todo se dispersó como un puñado de polvo» (13). El rey de julio escapó «fugitivo, errante, como el último de los hombres» (14). «De Luis Felipe y de su dinastía, continúa su cronista, no se sabe si viven, o si han muerto; se deshicieron como un sueño, al despertar» (15).

Aquella otra revolución, la del 24 de febrero de 1848, fué designada con el epíteto de la revolución «*du mépris*».

### V. O la conciencia cristiana despierta a la plena y viril conciencia de su misión de ayuda a la humanidad puesta en peligro en su ser *espiritual*... y entonces habrá salvación...

(Alocución Pascual de S. S. Pío XII, 29 Marzo 1948)

A comentar el significado de la Revolución de 1848 en la vida social dedicó Luis Veuillot el primero de sus «Diá-

logos socialistas», explanación del lema que lo preside «*Nisi Deus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*» (Salmo CXXVI).

Donoso Cortés, en uno de sus escritos más impresio-

(8) Artículo sobre las Alianzas de España, publicado en *La Sociedad*, en 1.º de junio de 1843, con el título de «Alianza con la Francia», (O. C. de B., Vol. XXIV, pág. 256).

(9) Artículo sobre la «Alianza con la Francia», (pág. 258. Op. y Vol. cit.)

(10) Crétineau-Joly: «Louis Philippe d'Orléans», (Vol. II, pág. 114).

(11) Ménilmontant, barrio de los suburbios de París, escasamente poblado en aquella época y donde tenían sus reuniones y sedes los teorizadores del socialismo y anarquismo.

(12) Crétineau-Joly, Op. cit. Vol. II, pág. 221.

(13) Balmes, Artículos sobre la Revolución Francesa, (O. C., Volumen XXXII, pág. 395).

(14) Id. de id. en id., pág. 396.

(15) Crétineau-Joly: «Louis Philippe d'Orléans», Vol. II, pág. 503.

nantes (16), añadía: «No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la sociedad no ha de caer, porque no ha caído ya, y a cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va desvaneciendo por los aires. Para ellos, la revolución de febrero fué el castigo, y lo que viene es la misericordia. Los que vivan verán, y los que vean se asombrarán al ver que la revolución de febrero no fué más que una amenaza y que ahora viene el castigo».

Lo que a la serena y elevada inteligencia de ambos pensadores se manifestaba ya en aquellos momentos, ha ido cobrando más y más luz, para todos, con el correr de los años y las enseñanzas de la Historia ¿Quién dudará ya, como no sea ciego, de que nuestra sociedad avanza dando tumbos de precipicio en precipicio, porque se aferra en no ver la luz que tiene ante sus ojos y en rechazar el único remedio que la puede sanar de sus males? «Léase con atención ciertos escritos, afirmaba Balmes, y se verá resaltar en ellos la desconsoladora idea de que el mundo puede mejorarse por medio humanos, y el áncora de esperanza, la única áncora dada por Dios a la tierra, es

(16) Donoso Cortés, Obras Completas, Vol. II, pág. 145.

*mirada en ellos con desvío, cuando no con aversión o solapado desprecio» (17).*

«Sólo el cristianismo puede salvar al mundo por segunda vez de los males que le amenazan. No le salvarán los diplomáticos que no alcanzan a prevenir ni a curar los males de su propio país; no le salvarán los reyes que las revoluciones llevan como leve paja; ni le salvarán esos demagogos, que esparcen por doquier sangre y ruinas...» (18).

«*Erravimus!*, reconozcámoslo ya. Nos hemos desviado del recto camino y andamos perdidos sin saber por dónde. No hemos tomado el camino del porvenir. El porvenir es la eternidad, es Cristo. Caminar hacia Cristo es caminar hacia el porvenir; desviarse y alejarse de Cristo, eso sí que es volver al pasado. Todo lo que no es Cristo Salvador, es el pasado, el horrible y nefasto pasado del género humano, la noche sin esperanza en que reina la insolencia, la fuerza, en que el hombre no halla otro acicate que la pasión ni más freno que el terror» (19).

Tomás Lamarca

(17) Carta de Balmes a don José Ferrer y Subirana, de 3 de noviembre de 1838 (O. C. de B., Vol. I, pág. 94).

(18) Opúsculo sobre Pio IX, (O. C. de B., Vol. XXXII, pág. 344).

(19) Louis Veuillot "Les Dialogues Socialistes. I. L'esclave Vindex". (Oeuvres complètes, V, pág. 336).

## BALMES Y 1848

# El «crac» del principio de autoridad

### «Una pellada de yeso...»

En medio de aquel amasijo de tópicos y de prejuicios que constituye su ochocentista «Viaje por España», Teófilo Gautier tiene una frase feliz. Se refiere a la impresión recibida al pernoctar, luego de su entrada por Fuenterrabía, en vieja y prócer villa vascongada: «En un palacio antiguo, convertido en casa comunal, vimos por primera vez la plancha en yeso blanco que deshonra otros muchos palacios, con la inscripción: Plaza de la Constitución. Lo que late dentro de las cosas tiene que salir por algún lado; no podría elegirse mejor símbolo para representar el estado actual del país. Una constitución sobre España es una pellada de yeso sobre granito».

«Una pellada de yeso sobre granito...». Es difícil, en efecto, hallar una imagen más gráfica para resumir la gran tragedia del siglo XIX, en especial la que se consumaba en 1848, al coronar su revolución la cadena de revoluciones que había comenzado con la grandiosa de 1789, y que llevaba sus causas y sus precedentes en el gran trastorno de mentes y de creencias que agitaba el mundo desde la época de la Reforma. Desaparecía todo un «vieux Régime», caduco ya, sí, víctima de sus propios vicios, también. Pero Régimen que era expresión social de un mundo estable, apoyado en milenarios cimientos de granito, sobre los que cuanto se intentaba, ahora, edificar, no tenía ni más dignidad ni más consistencia que aquello: una pellada de yeso...

### El canto del cisne

Todo este número de CRISTIANDAD viene consagrado al estudio de la formidable efemérides que este año cum-

ple; y no halla más autorizada fuente para su estudio —convergente, también, con el augusto centenario— que la del último artículo, auténtico «canto del cisne» del primero entre los filósofos y pensadores catalanes: «La República Francesa». A este artículo se le ha llamado, quizá con alguna exageración, el «testamento político» del Pensador; tal vez debido a las circunstancias en que fué escrito. Sintiendo enfermo, había llegado a últimos de febrero de 1848 a Barcelona, donde le sorprendieron las noticias que de la capital de Francia comenzaban a llegar; inmediatamente, como dice su biógrafo ilustre, el P. Casanovas, «... a pesar de la enfermedad que le devoraba y del trabajo abrumador en que se había empeñado de traducir al latín la «Filosofía Elemental», tomó la pluma para vaciar en el papel el mundo de ideas que fulguraban en su mente como los relámpagos en una tempestad. Cuando llegó a la cuestión más candente, el problema universal de la organización del trabajo, cayó la pluma de su mano...». «La muerte de Balmes —sigue diciendo el P. Casanovas— despertó el afán de conocer su escrito sobre la república francesa, del cual se tenía alguna noticia. Muchos fueron los que lo pidieron a su hermano, pero no se publicó hasta el año 1850...».

Decimos «con alguna exageración», porque la obra inmensa del Pensador vicense no necesitaba de este nuevo brillante para su corona; pero no es menos cierto que este solo artículo bastaría para acreditar a cualquier escritor de vidente calificado y de comentarista insigne del mayor de los acontecimientos de su siglo, cuya trascendencia inmediatamente dominó su mirada de águila. Y decimos su trascendencia porque, como es natural, terremoto tan grande no podía pasar inadvertido de nadie, por lo que nos han quedado tantos testimonios de todos los escri-



tores de la época. Pero, si el hecho, en su grandeza, fué tan comentado, raramente lo fué con la aguda penetración de la mente balmesiana, la cual, por encima de la polvareda de los hechos, y del fragor de las explosiones, avizoraba lo que en realidad tenía aún harta mayor importancia: las causas internas que se manifestaban a través de la gran convulsión, y las irremediables consecuencias que fatalmente debían acarrear como efecto inevitable, en el transcurso de las sucesivas décadas.

Excúsenos, pues, el lector si, como discípulos que nos sentimos del gran Luminar cuyo centenario conmemoramos, intentamos ahondar, al amparo de su resplandor, en la gran tragedia que al mediar el pasado siglo conmovió a Europa, y si, transcurridos cien años, humildemente reconocemos que pocos comentarios caben añadir a los que Balmes escribió, siquiera fragmentaria y póstumamente. El desentrañó tan a lo vivo la esencia del problema, que aquella su disección subsiste hoy en día, con la plena actualidad de lo que, por ser eterno, nunca prescribe y siempre es verdadero.

### El «crac» de todos los principios

Hemos titulado este artículo «El «crac» del principio de autoridad». Casi pudiéramos, mejor, decir «El «crac» de todos los Principios». No nos costará mucho demostrar que ésta fué la característica de la Revolución del 48, y lo más importante de la misma, después de su intenso contenido anti-religioso y anti-social, causa siempre la más profunda en cataclismos de este orden, tanto más en el que nos ocupa. Y para probar nuestro aserto bastará reproducir algunos párrafos del texto balmesiano que demuestran cómo la visión de nuestro gran Filósofo y Pensador columbró en seguida que había sonado definitivamente la hora de aquel «crac» que había de doblar el viejo y antes robusto árbol, quebrado ya interiormente, tiempo ha por la carcoma que, una tras otra, había ido destrozando todas y cada una de las fibras que constituían el sólido tronco del «vieux régime» europeo.

Cierto que Balmes, escribiendo para los de su tiempo, parece vincular —la misma necesidad de precisar sus ideas así lo exige— tal régimen a las Monarquías estables y enraizadas (no es necesario llegar a decir, propiamente, tradicionales). Pero no es menos cierto que, si bien se advierte, no se refiere tanto a las mismas cuanto a las Instituciones básicas de la sociedad, hablando en general. Instituciones cuya profunda crisis denuncia, de un modo especial cuando proclama que no son tan fácilmente sustituibles, como creían tantos frívolos contemporáneos, por improvisaciones desprovistas de la necesaria raíz religioso-social, profunda y auténtica. En definitiva, lo que hemos simbolizado por la feliz frase de Teófilo Gautier: «la pellada de yeso», el pegote frágil y mediocre que pretende superar la solidez del granito, una «Constitución» de papel intentando substituir tradiciones vitales y arraigadas.

He aquí los fragmentos balmesianos que, lapidariamente, señalan estas realidades. Comencemos por el que se refiere directamente a la caída de Luis Felipe:

*«... Han referido los periódicos que Luis Felipe, al embarcarse para Inglaterra, dijo a alguien que estaba con él: «Uníos con franqueza a la bandera de la república, porque me llevo conmigo la monarquía francesa y bajaré con ella al sepulcro; yo he sido el último rey de Francia». Este pronóstico no es hijo precisamente del abatimiento en que debía encontrarse el infortunado príncipe al verse precisado a salvarse en un barco pesador, es sugerido por el conocimiento de la sociedad francesa, que difícilmente reunirá los elementos necesarios para restaurar la monarquía.»*

### Pero, ¿quién fué el último rey de Francia?

Muy exacto fué Luis Felipe al vaticinar que ya no existiría más la monarquía francesa. Pero más sutil es aún Balmes, cuando aprovecha esta frase del exilado rey para precisar mejor las ideas cumbre de su último y gran artículo: ¿es que la monarquía francesa, aquella sólida Institución, una de las columnas de Europa, no estaba muerta tiempo ha? Oigámosle:

*«Si bien se considera, la monarquía de Francia murió con Luis XVI; entonces acabó el trono único posible, el de derecho, el de tradición, el de afección popular; todo lo que se ha visto después no ha sido más que impotentes ensayos para resucitar un cadáver.»*

*Napoleón no fué un rey en la propia acepción de la palabra, sino el primer general de una república, que la dominó con el ascendiente de su genio, fascinándola con el brillo de la victoria...; Luis XVIII sube al trono de Francia bajo el amparo de los aliados; un rey a quien llevan a Francia los vencedores de la Francia, no es el rey de Francia. Hábil conciliador, condescendiente, procura el monarca restaurado hacer posible la dinastía antigua en una sociedad que la rechaza. ¡Vanos esfuerzos! La paz que reina en el país sirve sólo para reparar sus fuerzas... Sube Carlos X; entretanto las ideas revolucionarias se continúan difundiendo, siendo tanto más peligrosas cuanto se presentan más disfrazadas. La revolución de 1830 vino pronto a manifestar la fuerza del trono restaurado.»*

*Y es de notar aquí una diferencia muy significativa entre la ruina del trono de Luis XVI y el de Carlos X: la de aquél costó convulsiones horribles, raudales de sangre; la de Carlos X fué un acontecimiento consumado en tres días, sin que Francia se conmoviese más de lo necesario para participar del estremecimiento de París: y es que en tiempo de Luis XVI la monarquía era una cosa viviente, una viscera, digámoslo así, de la Francia; en 1830 era una cosa postiza, un traje, un adorno que la Francia se quitaba para substituirle otro. En 1848 se ha repetido el mismo fenómeno y con circunstancias agravantes. El pueblo de París, más bien que derribar un trono y una dinastía, parece haber despedido una familia de servidores; la humillación sufrida por la casa de Orleans carece de ejemplo en la historia, y hace creer que para la Francia la monarquía murió, y que si algún día se la restaura, volverá a desaparecer.»*

*La monarquía es una institución eminentemente tradicional, vive de tradiciones: la Francia es un país altamente teórico, y ha roto con todas las teorías desde 1789. La monarquía ha menester de creencias religiosas, y en la Francia preponderan la incredulidad y la indiferencia... la monarquía es apenas compatible con ideas de libertad absoluta en todas las materias, en Francia se quiere libertad en todo; la monarquía requiere sentimientos de adhesión caballerosa, en Francia descuella el amor de lo positivo, el apego a los intereses materiales. Así se explica por qué un trono y una dinastía desaparecen en Francia con la misma facilidad que un arquitrabe... Los fabricantes de constituciones...».*

### «Los fabricantes de constituciones...»

He aquí una frase certera, balmesiana, en la que se resume la típica tragedia del siglo: «Fabricantes de constituciones». Es decir: improvisadores. Terribles, cuando de mala fe, como instrumentos de las sectas, en su labor

demoledora de toda la estructura social. Más terribles, todavía, quizá, cuando de buena fe, por su estulticia, por su pedantería —el caso es tan común, sobre todo en España, con tanto politicastro—, se hacían, por ello mismo, inconscientes instrumentos, aun más eficaces, de aquel vasto plan sectario. Fabricantes de verdaderos «chiffons de papier» (aquí sí que la frase famosa estaría en su punto), tartarines de la política y de la sociología, pretendiendo derribar lo que sobre sólida roca se basaba, para substituirlo con ridículos cimientos sobre la arena. Es toda la tragedia de su siglo la que la pluma del grande hijo de Vich va a resumir en los párrafos geniales que ahora siguen... debiendo sólo —a riesgo de hacernos pesados— recordar una vez más al lector que, como hemos dicho más arriba, bajo la acepción de *monarquías*, debe aquí entenderse que la mente balmesiana se refiere a todo cuanto se asentaba en los eternos fundamentos religiosos y sociales: instituciones, formas de gobierno auténticas; no precisa, concretamente, las monarquías en sí, ya que tan sólida y legítima es, por ejemplo, a lo largo de la historia, la forma de estructuración de la Serenísima veneciana, o la de los Cantones suizos, como la de las monarquías augustas de los Santos Luises y Fernandos.

*«Los fabricantes de constituciones se han creído capaces de fabricar también monarquías; la comisión que elaboraba el proyecto constitucional podía elaborar también un trono, como el arquitecto que levanta un edificio puede ponerle encima la cúpula u otra construcción que bien le parezca. En cuanto a las dinastías, era fácil improvisarlas: así como se destituye un emperador y se nombra otro, podía destituir a un rey y darle un sucesor; sin embargo, era preciso llamarle majestad, y persona augusta y sagrada e inviolable, y no olvidar aquello de alta sabiduría, bondad paternal, corazón magnánimo, generosa dignación y otras cosas por el estilo. Después de haber proclamado la soberanía nacional y destituido reyes como alguaciles, y decapitarlos como criminales; después que el cetro y la corona habían andado por el lodo de las calles y el manto de púrpura había sido objeto de befa y escarnio por las turbas desenfrenadas, esos hombres habían tomado un manto real y un cetro y una corona; y lo llevaban en solemne procesión y lo ofrecían al acatamiento de los pueblos diciéndoles: «Inclinaos y adorad»; y esos hombres que habían vilipendiado las augustas insignias de los prelados de la Iglesia; que habían hecho pedazos los blasones de la antigua nobleza, cubriéronse de placas y de cordones y trajes recamados de plata y oro, y rodeando el trono representaban con una seriedad admirable el papel de los antiguos cortesanos; semejantes a los agoreros de Roma, debían reírse de su comedia al mirarse unos a otros; pero bien pronto han venido los acontecimientos a demostrar con su lógica irresistible que a los pueblos no se les gobierna con mentiras.»*

#### **«A los pueblos no se les gobierna con mentiras»**

Frase lapidaria ésta, digna ciertamente de ser esculpida, y constantemente recordada. Esto es lo que pretendió el pasado siglo, y esto es lo que aun se pretende hoy, porque constituye la esencia política —la mentira, casi mejor diríamos, la comedia— del liberalismo que, entraña de los cien años transcurridos, sigue, pese a todos nosotros, informando nuestro más íntimo ambiente. Frase lapidaria... ¿Influyó, quizá en esta suprema expansión de Balmes, su estado interior y todo el tremendo proceso personal que acababa de sufrir? Ya lo hemos dicho antes: regresaba enfermo, física y casi moralmente derrotado —en el mejor sentido de la palabra— de aquel Madrid,

donde había desarrollado su gran batalla política de dos años. El fracaso de la misma, el desdichado matrimonio de la reina con el más insignificante de sus «candidatos», había agotado las fuerzas de aquella naturaleza enfermiza, y derribado las energías morales de quien se había consagrado al noble fin de la Conciliación real con todo el ardor que merecía la noble causa. Había luchado en pos de un ideal. De un gran intento, cuya eficacia nos parece hoy más que dudosa, pero que era necesario probar. Y había hallado obstáculos invencibles. No de parte de personas de recta intención, que también las había encontrado en el propio bando liberal, y que eran dignas y capaces de ser atraídas. Sino de parte de aquellas otras, representantes del espíritu del siglo, de aquel liberalismo que no podía admitir el gran intento balmesiano, porque por principio repugnaba todo cuanto fuese sinceridad y arrepentimiento. Balmes se sentía hundido por aquel liberalismo imperante, el que en todas partes se entronizaba a base de la mentira. Precisamente por el liberalismo típico de un Luis Felipe, cuya caída presenciaba ahora, en los últimos días de su vida. Y quizá de aquí le surgiera la frase; no hija del desengaño, pues Balmes era demasiado grande para haber sido nunca engañado. Mas sí, probablemente, de otra cosa peor: del asco. De aquel íntimo y terrible asco con que había llegado de Madrid, y que debía corroerle las entrañas hasta hacerle descender a la tumba... ¡La mentira del liberalismo! He aquí la suprema lección del «testamento»; látigo que fustiga aquellas hipocresías políticas que aun hoy, cien años después, siguen a menudo informando nuestra médula social. Mas sigamos escuchando la voz balmesiana:

*«La monarquía hereditaria es una necesidad para los pueblos; aun que falte el respeto tradicional, es preciso tributarle un respeto calculado; si la adhesión a la monarquía ha dejado de ser un sentimiento, se la debe conservar como una idea; en vez de acatarla por amor, guardarla por especulación. Así hablan los monárquicos nuevos, los que han surgido de la revolución, y que quieren la monarquía como un medio de conservar el botín. ¡Ilusión! La monarquía no puede ser en ningún país una forma calculada puramente convencional; es preciso que sea de sentimiento, de tradición, que se ligue profundamente con ideas religiosas y morales, que esté acompañada de una vasta organización social en analogía con ella; si no es así, jamás se hará entrar en la cabeza de los hombres el dominio de una sola familia sobre una nación de muchos millones de habitantes. Desde el momento que los pueblos calculan sobre la monarquía en vez de amarla, la monarquía muere.»*

#### **«Pagamos todos los años cuatrocientas mil libras para la reina...»**

He aquí un episodio cruel, que en aquel tiempo se había producido, y en el que Balmes veía reflejado, como en un espejo, aquel gran «crac», por lo que no puede menos que citarlo. El del «meeting» de Kennington, donde por vez primera, desde siglos, una voz inglesa había osado hablar, en forma inaudita, de su Graciosa Majestad...

*«... La organización social análoga a la monarquía es otra de las condiciones que ésta necesita para su estabilidad y duración. En Alemania, el príncipe es el primero de los señores feudales; en Inglaterra es el primero de los lores; cuando desaparezcan los lores y los feudos, los príncipes se encontrarán frente a frente con un pueblo entero que bien pronto les dirá: «¿De qué me sirves?». Y entonces, en la misma Gran Bretaña, podrían tener apli-*

*cación las terribles palabras de Reinolds, en el meeting de Kennington-common, en presencia de ocho o diez mil personas, el día 13 de marzo del presente año, rechazando la libertad de que se disfruta en Inglaterra: «Dos o tres aristócratas son dueños de casi todo Londres. Nosotros pagamos todos los años cuatrocientas mil libras esterlinas para la manutención de una reina, mientras el presidente de América ejerce sus funciones por cinco mil.»*

... Han pasado, desde este «meeting», que tanto impresionó a Balmes, cien años, y desde entonces en centenares de millares de otros meetings, y bajo todas las formas, se ha venido demoliendo toda autoridad. Evaluóse, entonces ya, la de una reina y la de un presidente en tasación pública; desvalorado se han desde aquella época todos los altos y todos los grandes, hasta el punto en que la sociedad, para salvarse, siquiera a base de temporales sacudidas, ha debido recurrir al remedio —abierto o encubierto— de las formas dictatoriales, en lógica paradoja, reconocimiento, sin embargo, y consecuencia última de la constante negación de todo principio cristiano y orgánico. He aquí lo que fué 1848. He aquí lo que ha sido el siglo entero que le ha sucedido, y cuya historia atormentada no es más que la de una gran consecuencia: la de los lodos que proceden de los polvos.

### «...La Europa no se ha mudado solo se ha manifestado»

«Con la revolución de París, Europa no se ha mudado, sólo se ha manifestado; el volcán existía...», proseguía el ilustre Presbítero en la redacción de su artículo, cuando, como hemos dicho antes, le cayó la pluma de las manos, y cesó para siempre de registrar las ideas «que fulguraban en su mente como relámpagos». No pudo ver, por tanto, el proceso entero de la revolución: ni en Francia, ni fuera de ella. En Francia hubiera presenciado, como un símbolo del siglo que ella abría —y que se cierra ahora—, el ciclo que había de describir hasta plegarse, en apariencia, bajo la dictadura de Luis Napoleón, preludeo del II Imperio. En Europa hubiera contemplado como, también en apariencia, cedía a una especie de reacción que sólo podía producirse gracias a aquel trono de Rusia, entonces «encastillado en el ángulo del Septentrión, desafiando por ahora los acontecimientos, merced a las nieves, y, sobre todo, al atraso de su población diseminada por un vasto territorio...». Pero de haber podido ver más, de haber recibido el privilegio de sobrevivir hasta nuestra época, hubiera comprobado, otra vez, cómo las causas no pueden sino producir los efectos que les son propios, y cuán exactas eran sus propias palabras, escritas ya con el enfermizo temblor de incierto pulso:

«Con la revolución de París, la Europa no se ha mudado, sólo se ha manifestado; el volcán existía, y, por estar en las entrañas de la tierra comprimido por algunos momentos, nada perdía de su fuerza, tarde o temprano debía estallar: los acontecimientos exceden la previsión por su rapidez, más bien que por su magnitud. Que la Francia tenía su orden político cimentado sobre bases efímeras, que las ideas en Alemania estaban extremadamente disueltas, que el «statu quo» europeo tenía contra sí gravísimas causas que sólo esperaban una oportunidad, una ocasión determinante para producir una conflagración, no se ocultaba a cuantos no querían hacerse ilusiones, y mucho menos a los que juzgan de la sociedad, no por hechos pasajeros, no con las preocupaciones de partido, sino a la luz de los eternos principios de la Religión y de la razón.»

Porque la revolución de 1848, pese a la circunstancial reacción que le siguió, ya no pudo ser contenida, y su «crac», que en lo exterior ya se manifestó por la ruina definitiva del absolutismo, con la implantación, casi general, de regímenes liberales, revistió tal trascendencia que aquí está la historia de estos cien años para proclamarla. El modelo de Francia —que en su siglo tenía el privilegio de «marcar la moda»— fué seguido por todo el mundo, y un liberalismo en lo exterior, expresión de sectarismos más profundos y más ocultos en lo interno, marcó una pauta que ha desembocado en el caos del siglo XX, con sus dos grandes-catástrofes mundiales. Y es notable, es de admirar aquel coloso del Septentrión, entonces brazo armado de la reacción y del orden. Muy bien le conocía Balmes cuando, a él refiriéndose, decía que sólo *lo era por ahora*. Y, en efecto, hemos podido todos ver como, sin casi pasar por la etapa del liberalismo político, se ha convertido, por terrible paradoja, en el fondo no menos lógica, en el brazo armado de la destrucción. Aquellos mismos cosacos del Zar que en 1849 llegaron al Danubio, y casi a Italia, restaurando tronos caducos y reintegrando débiles autoridades, se han convertido ahora, cambiando sus monturas, en las divisiones motorizadas del gran Monstruo, que, entre el Elba y Trieste, acecha sobre lo poco que ya queda de la vieja Europa para cebarse en sus despojos.

En vano aquellos cosacos sostuvieron temporalmente lo que sus nietos habían de derrumbar definitivamente. Intentaron sostener lo que acababa de quebrar definitivamente, bien que ya carecía de base desde hacía mucho tiempo, en especial y directamente, desde 1806 en que el sable jacobino y destructor del Gran Corso se complació en destrozarse el último Imperio auténtico, aun cuando en su delirio quisiera acercarse al tálamo de la última hija de los Césares, y llamar a su desventurado vástago Rey de Roma. 1848 marca, al compás de la primera revolución socialista de la historia, la introducción de una tendencia hasta entonces desconocida en la política: la de la anarquía. Balmes no pudo verlo ni comentarlo, mas estos dos otros maestros que nosotros tanto reverenciamos, Donoso Cortés y el Padre Ramière, sí lo columbraron claramente. Y por esto la fecha centenaria reviste, para nosotros, una significación trascendental, pues la vemos vinculada con los más definitivos, bien que para nosotros aun harto misteriosos, caminos de la Historia.

### Entonces... y hoy

Han transcurrido diez décadas. Un siglo, preñado de acontecimientos, cargado de catástrofes, nos deja, en herencia, peores amenazas. En sus comienzos no existía en todo el mundo, otra potencia antiteocrática que la decadente del gran Turco, casi de opereta ya, más espectacular que real: hoy, en cambio, es un Estado tremendo, en población y en muchos medios el más fuerte del mundo, que como gran Bestia levanta su cabeza contra todo lo que se llama Dios. En sus comienzos, las sectas laboraban en la obscuridad; hoy, en cambio, cerrado su ciclo algunas de ellas —probablemente porque han cedido su puesto a sucesoras más terribles— como sucede con algunas ramas de la Masonería, pasean su impudicia a la luz pública, en no pocos países, hasta convertirse en alegres reuniones de «filántropos» y pretexto de banquetes. En sus comienzos era el judío, en fin, un ser relegado y aun sin beligerancia, y constituía el mayor de los escándalos el ver que en algún pueblo, como en Inglaterra —el caso del barón de Rothschild— a título de excepción, se concedía a uno de ellos la nobleza y un asiento en lo alto de la Cámara; hoy, en cambio, la mayor parte de magnates que controlan el caucho, y el automóvil, y el petróleo, y todo esto tan gigante que llamamos la economía, y esta arma espantosa que constituye la energía atómica, son descendientes,

por la carne, de Jacob, favorecidos por la fortuna y dueños de los destinos y de la prensa de la más poderosa República del Mundo. Y desde ella protegen esta obra misteriosa, esta obra que hace sólo cincuenta años se hubiese considerado empresa inverosímil: la restauración del antiguo Reino de Israel.

1848. Desaparición, no ya del de autoridad, sino de todos los Principios. He aquí la significación de la efemérides: he aquí el acontecimiento que turbó los últimos días, allá en su patriarcal refugio de la vieja Ausona, del altísimo Pensador y venerado Presbítero cuyo centenario se celebra, y al que CRISTIANDAD tan devotamente se suma. El presente artículo, buscando materia como tributo de

homenaje, ha querido fijarse en el último escrito, fatigado y fragmentario, que nos legó aquel Luminar. La enfermedad había de nublar aquella clara Mente, pero por breve tiempo; y al despertar en el Cielo, al descorrerse para él muchos arcanos de la Historia, debía adorar profundamente aquella Providencia que tan paternal como grandiosamente vela sobre sus oscuros caminos, enderezándolos todos (incluso utilizando los contrarios), sin perjuicio de la libertad humana, y venciendo todas las conjuras, hacia la meta suprema que el citado Padre Ramière, nuestro maestro, nos señala: «la grande obra a cuyo éxito subordina Dios todos los acontecimientos: el triunfo de la Iglesia».

Luis Creus Vidal

# Balmes ante la cuestión social

## Los revolucionarios de ayer y los revolucionarios de hoy

Cuando hace cien años, la muerte paralizó la pluma de Balmes, quedó por terminar uno de sus más valiosos trabajos, que luego fué publicado en el volumen de «Escritos Póstumos» bajo el título de «*República Francesa*». Desgraciadamente, la interrupción de este trabajo nos priva de conocer con detalle el pensamiento de Balmes ante la cuestión obrera, cuyo problema se había propuesto examinar en este escrito. Acatemos los designios de la Divina Providencia; la consideración de sus misteriosos arcanos nos sugiere que quizá Dios, al disponer en estas circunstancias la temprana muerte del genial escritor, se propuso una doble finalidad: primero, que se manifestase a plena luz el profundo *sentido social* que late en la totalidad de la producción balmesiana, con el hecho de que, el sacerdote que nació como publicista y se reveló como sociólogo ante España entera con su «*Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*», muriese, cuando atraía las miradas de todo el mundo católico, estudiando la organización del trabajo, problema que constituye en la actualidad la cuestión social por antonomasia. Segundo: interrumpiendo el trabajo en el momento en que Balmes iba a pasar a la cuestión objetiva, una vez ya desarrollada en éste y otros escritos su ideología completa, ¿quiso la Providencia evitar que pluma tan privilegiada produjese algo que quizá no fuese definitivo?

El temor que se traduce en las líneas que preceden no pretende en modo alguno minimizar las figura de Balmes como sociólogo, al cual se podrá discutir, pero nadie podrá negar. No sólo se dió cuenta de la existencia de la cuestión social, cuando en España casi nadie creía en ella, sino que llegó a apreciarla en toda su gravedad. Pero si desde las páginas de esta revista, haciendo referencia al dogma, y por pluma plenamente autorizada, se ha dicho que las ideas no se concretan plenamente «si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias» (1) no creo sea presunción el pensar, aun cuando ignoremos lo que Balmes hubiese escrito, que hoy, al cabo de cien años de agitación obrera, cuando ya han caído en descrédito ideas que entonces nacían —el año 1848 es el de la publicación del Manifiesto Comunista de Marx y Engels—, cuando hay un cuerpo completo de sociología ca-

tólica y cuando hay documentos Pontificios, Balmes hubiese escrito algo distinto.

La revolución de febrero, tema del artículo póstumo de Balmes, cuyo desarrollo y magnitud se hallará expuesta en otros artículos del presente número, tiene, desde el punto de vista social, una importancia relevante, y esto que nosotros vemos, gracias a la distancia de cien años que de ella nos separa, fué visto ya claramente por Balmes cuando la proximidad de los sucesos le privaba de la necesaria perspectiva para enjuiciarlos. Ello no es de extrañar, en quien, ya en 1842, en pleno esplendor de prestigio de Luis Felipe, y cuando las potencias del Norte, Austria, Prusia y Rusia, bajo la inspiración de Metternich, constituían el baluarte del absolutismo y la fuerza conservadora del orden europeo, comentando incidentes ocurridos en el sur de Francia, al parecer sin importancia y dominados con facilidad, escribía:

«Por manera que en Francia al lado de la anarquía moral hay el orden material, y un poder cimentado sobre la revolución y corroído por doctrinas disolventes y minado por sociedades conspiradoras, se mantiene en una actitud firme e imponente, contrarrestando la anarquía social por medio del vigor gubernativo. ¿Será duradero este estado de cosas? Con la monarquía de julio ¿se ha cerrado la sima de las revoluciones?... He aquí unas cuestiones que interesan al porvenir de Francia, y por consiguiente, de la Europa entera» (2).

Sorprendería la clarísima visión que Balmes mostraba tener de la debilidad del régimen francés en medio de su esplendor, cuando Luis Felipe era designado con el nombre de «Napoleón de la Paz», si no supiésemos que Balmes formulaba sus opiniones fundamentándolas, más que en el estudio de un hecho anecdótico, en su conocimiento perfecto de la debilidad intrínseca de la organización social europea.

«El malestar que siente la sociedad de nuestra época, a pesar del inmenso desarrollo de la riqueza y de las indisputables mejoras que en muchos ramos

(1) R. Orlandis S. J. "Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey". CRISTIANDAD núm. 39. Vol. II, pág. núm. 467.

(2) J. Balmes Pbro. "Rápida ojeada sobre los principales acontecimientos políticos de Europa desde 1 de agosto de 1841 hasta el fin del mismo año". Obras copletas, Vol. IV, pág. 220.

se ha obtenido, proviene de que la civilización se ha desviado en parte del principio que le dió nacimiento y progreso... La incredulidad y la indiferencia han extraviado los entendimientos, el principio utilitario ha establecido el egoísmo en los corazones; y una sociedad destinada a presentar el más bello conjunto de estabilidad, bienestar y esplendor siéntese herida en sus entrañas por enfermedades que le amenazan con los más graves peligros» (3).

así como también en su convencimiento de que a pesar de los medios coactivos puestos en sus manos, los gobernantes demócratas liberales estaban faltos de autoridad moral para oponerse a la revolución. En realidad, la ideología liberal carece de virtualidad para oponerse a la revolución social.

«El pensamiento concebido con fuerza, ardiente como la matriz donde se ha formado, lleno de energía y brio como la cabeza en que se agita, indignase contra la resistencia que le oponen otros pensamientos, que cuando más mira como sus iguales, y como que les dice: «¿Quiénes sois vosotros para decirme: No pasarás de aquí, como el Criador a las olas del mar? Vuestros títulos se fundan en que llegasteis ayer y yo he llegado hoy; para vosotros no prescribió lo antiguo que contaba su existencia por siglos, y ¿queréis que prescriba lo vuestro que no tiene de duración más que un día?» (4).

Con los datos que hemos apuntado, comprendemos claramente que, a pesar de morir Balmes antes de que la revolución de febrero alcanzase su plena extensión por Europa, pudiese ya enjuiciarla con toda exactitud, y que la «meditación a solas» sobre «la gran catástrofe» de que habla en su carta del 11 de marzo al Marqués de Viluma, le sugiriese el estudio del problema obrero, ya que la revolución de febrero es el primer choque sangriento, entre la democracia liberal y el socialismo. Si 1789 representa el triunfo del *tercer estado*, la burguesía, 1848, representa la irrupción en la vida política y social de Europa de un *cuarto estado*, el proletariado, planteándose ya desde entonces la lucha de clases en sus términos actuales, o visto según Balmes, la lucha entre los revolucionarios de ayer y los revolucionarios de hoy.

### Dentro de dos siglos la sociedad habrá cambiado hasta un punto que nosotros apenas nos formamos idea

Las precedentes palabras de Balmes en su artículo sobre la «República Francesa», indican con qué claridad previó las consecuencias de la revolución social de la que apenas si asistía a los inicios, y esta frase no es una ponderación a la cual el encadenamiento de los sucesos ha dado un valor profético insospechado para su autor, sino que representa un convencimiento de Balmes corroborado por textos aun más enérgicos:

«El acto más peligroso del gobierno provisional de París es el haber planteado el problema de la organización de trabajo, y no como quiera, sino como una resolución urgente y prejuzgando en cierto modo alguna de sus partes... Esta es la cuestión más grande que se ha presentado en el mundo en lo re-

lativo a cambios sociales, lo de la abolición de la esclavitud, quizá no era tan difícil» (5).

Balmes ha sido considerado con justicia como uno de los precursores de la sociología católica, y es de gran interés hacerlo resaltar, porque en España, debido a la escasa actividad industrial, aun no se habían presentado problemas sociales. Solamente en Barcelona, el año 1835, se había producido el incendio de la fábrica Bonaplata, al parecer como represalia a la introducción de maquinaria moderna, no planteándose la primera huelga para obtener la libertad de asociación hasta el 1855, en la que se produce el primer asesinato de carácter social (6). Con anterioridad a la muerte de Balmes solamente había en Barcelona asociaciones republicanas con ribetes sociales, cuyo iniciador fuera Abdón Terrades. La única revista de carácter social que en aquella época (octubre 1847) inició su publicación fue: *La Fraternidad*, primer periódico comunista de España, dirigido por Narciso Munturiol.

Veamos, aunque sea muy brevemente, cuáles eran las ideas de Balmes sobre el problema social y observemos su coincidencia en lo esencial con las Encíclicas sociales posteriores.

Para Balmes las causas del malestar obrero son fundamentalmente de carácter moral: la descristianización de la sociedad y su consecuencia el Materialismo.

Ya hemos citado un texto en apoyo de nuestra afirmación y podríamos multiplicar las citas, porque constituyendo este convencimiento la base del ideario de Balmes, se encuentra como impregnando la totalidad de sus escritos.

Trabadas con estas causas de orden moral aparecen las de carácter económico, entre ellas la producción excesiva sin organizar la distribución, consecuencia lógica del sistema económico liberal entonces en auge:

«La economía política, muy adelantada como ciencia puramente material, lo está muy poco como social. Ha desenvuelto magníficas teorías sobre el modo con que se producen las riquezas y sobre la manera con que tienden a distribuirse, pero estas riquezas las ha mirado como un simple producto de la inteligencia y de la fuerza, sin la debida relación al hombre, de quien dinamam y a cuyo bienestar y felicidad deben destinarse» (7).

La segunda de las causas de orden económico es el maquinismo, al cual, adelantándose a las ideas de su tiempo, no considera perturbador por el hecho de ser origen de la substitución del hombre por la máquina —daño que queda compensado por el abaratamiento de los productos elaborados y por la creación de nuevas industrias—, sino por la acumulación de riquezas en unas pocas manos y la concentración en unos puntos determinados de gran masa de la población obrera.

«La acumulación de riquezas, causada por la rapidez del movimiento industrial y mercantil tiende al planteo de un sistema que explote en beneficio de pocos el sudor y la vida de todos» (8).

Consecuente con sus ideas, después de haber rechazado el Socialismo —al que dedica, ya en 1844, una serie de siete artículos— y las medidas coactivas o políticas, como solución del problema obrero, preconiza como remedio básico las medidas de orden moral:

(3) J. Balmes Pbro. «Porvenir de las comunidades religiosas en España». Art. 3.º Obras completas, Vol. IV, pág. 335.

(4) J. Balmes Pbro. «El socialismo». Art. 1.º Obras completas, Vol. XI( pág. 218.

(5) J. Balmes Pbro. «República Francesa». Obras completas, volumen XXXII, pág. 428.

(6) Asesinato del Sr. Sol Padrís, en su fábrica de Sans.

(7) J. Balmes Pbro. «Barcelona». Art. IV, Vol. XIII, pág. 209.

(8) J. Balmes Pbro. «El protestantismo». Cap. XLVII, Obras completas, Vol. VII, pág. 169.

## PLURA UT UNUM

«Lo diremos sin rebozo, si se destierran del mundo los principios morales, si se quiere cimentar exclusivamente sobre el interés privado el respeto debido a la propiedad, las palabras dirigidas a los pobres no son más que una solemne impostura; es falso que su interés privado esté identificado del todo con el interés del rico» (9).

Dirigiéndose a los ricos, les recuerda sus deberes de caridad y les recuerda que, además de su deber de cristianos, su propio interés de conservación lo aconseja:

«Toda clase que no cumple con su instituto perece, este es el orden natural de las cosas, así lo tiene establecido la Providencia» (10).

concretando los deberes de los ricos en aquella tan comentada frase: *Hacerlos buenos y hacerles bien*.

«Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad, y cuando de ésta hablamos entendemos una moral sólida y duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza misma nos inspira con la compasión excitada en nuestros pechos a la sola vista del infortunio» (11).

(9) J. Balmes Pbro. "El protestantismo". Cap. XLVII, Obras completas, Vol. VII, pág. 176.

(10) J. Balmes Pbro. "La civilización". Art. 3.º Obras completas, Vol. XI, pág. 81.

(11) J. Balmes Pbro. "Cataluña". Art. 4.º Obras completas, volumen XIII, pág. 134.

Refiriéndose a los obreros y recordando que la Iglesia para resolver el problema de la esclavitud inició su actuación inculcando a los esclavos la obediencia, afirma que asimismo debe inculcarse a los obreros resignación con su propio estado.

Es muy digno de notarse que, así como Balmes se muestra algo remiso en aceptar plenamente las Asociaciones obreras, luego preconizadas por León XIII, se declara decidido partidario de las corporaciones, y lo que es más notable por adelantarse en esto muchísimo a su época, partidario también del salario familiar y de los tribunales de conciliación con representación patronal y obrera. La extensión obligada de las citas sobre este último punto no cabe dentro los límites de un artículo; remito al lector al sexto de los artículos de Balmes sobre Barcelona.

Vemos, pues, aparecer en los trabajos de Balmes como el germen de las actuales teorías sociales católicas, superando notablemente en algunos puntos los criterios de su época, y viniendo con ello a desmentir el retraso que a veces se atribuye a los sociólogos católicos. Si en 1843 se hubiese puesto en práctica su lema «Hacerlos buenos y hacerles bien», seguramente no habría alcanzado tanta actualidad lo que él llegó a escribir referente a las ideas socialistas:

«mas la semilla que ellos arrojan al acaso se deposita en tierra que la recoge con avidez, quizá para fecundarla el día que la Providencia quiera desencadenar sobre el mundo desconocidos y espantosos trastornos» (12).

J. Grenzner Montagut

(12) J. Balmes Pbro. "El socialismo". Art. 1.º Obras completas, Vol. XI, pág. 216.

# ¿QUÉ PENSABA BALMES HACE CIEN AÑOS?

Si limitada fué la vida del gran filósofo español, pues como se sabe murió en plena juventud, su obra, en cambio, es de tales alcances que casi raya en lo ilimitado, no sólo por su extensión y variedad, sino más aún por la reciedumbre y permanencia de cuanto en ella se comprende.

Ante el vasto campo de su obra hemos de imponernos límites, y pues la razón de este estudio es la centenaria celebración de la muerte del ilustre pensador, bueno será que tomemos como tema la época propiamente centenaria de su vida, cuando, abatido en lo físico por la enfermedad y en lo moral por las contradicciones, inicia su retirada hacia Vich, su ciudad natal, donde Dios tenía dispuesto para él el tránsito a la Gloria imperecedera.

¿Qué pensaba Balmes hace cien años? ¿Qué ideas, qué pensamientos vivían y dominaban en aquella mente privilegiada durante esta época final de su continuada lucha?, ¿qué amarguras y desengaños, podríamos preguntarnos, abatían su firme voluntad?

Situémonos en el año centenario, en aquel 1848 de trascendental recuerdo, como hemos de ver.

Por la unión con el Infante don Francisco de Asís, hacía poco, acababa de resolverse en cuanto a la forma, pues en cuanto al fondo posiblemente aun esté por resolver en nuestros días, una de las cuestiones por las que con mayor ardor luchara Balmes: el matrimonio de la reina Isabel II. El sentido y significado de tal unión, fué tan descorazonador para él, que le inclinó a abandonar el periodismo y con ello iniciar la aludida retirada, dejan-

do Madrid por Barcelona. La inutilidad de su ininterrumpida argumentación, la ineficacia de sus esfuerzos y el triunfo de los elementos disolventes y liberales le amargaron profundamente.

Así predispuerto, cuando tenía decidido apartarse de toda actividad polémica y vivía un tanto retraído, los acontecimientos que se venían sucediendo en los Estados Pontificios y la situación en que, a causa de ellos, se hallaba el Pontífice, le impulsaron a tomar la pluma de nuevo para acudir en defensa del mismo. Así tuvo lugar el segundo gran quebranto moral de Balmes al ver las críticas y protestas a que diera lugar, aun en buen número de núcleos católicos, la publicación de su opúsculo sobre «Pío IX».

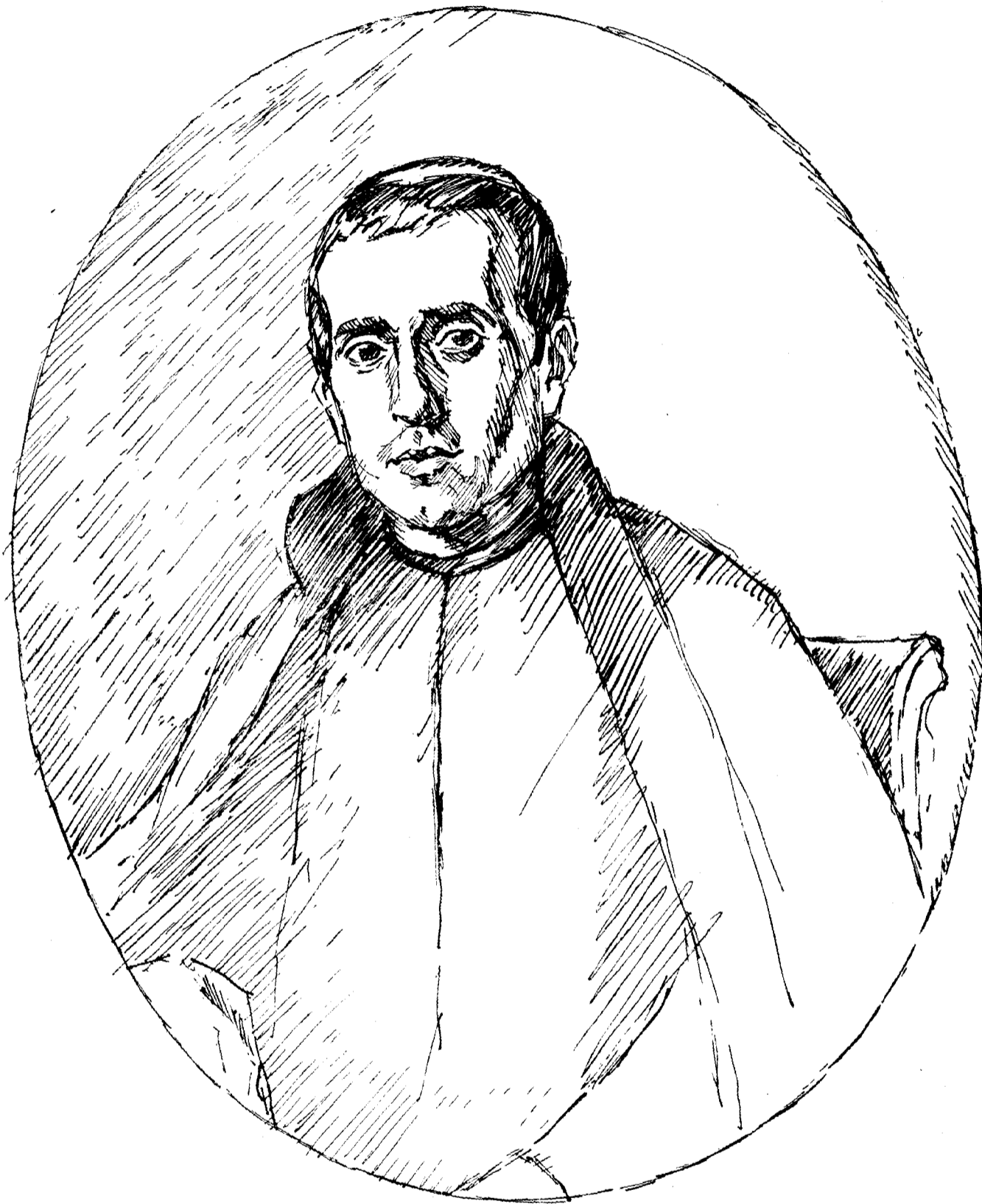
Como dice su biógrafo, el R. P. Ignacio Casanovas S. J., ello hizo volver contra Balmes todas las murmuraciones y críticas que secretamente corrían contra el Papa, quedando así solo, amargado y herido de muerte al verse tratado como hereje por haber defendido al Sumo Pontífice.

La mayor parte de sus amigos le abandonaron, y amigos y enemigos le hicieron objeto de las más acerbas censuras. ¿Obró Balmes con ligereza?, ¿eran merecidas las críticas?

No podemos extendernos en el desarrollo de la génesis de esta obra, pero para contestar a nuestras preguntas, indicaremos unas cuantas cosas que por si solas dan cumplida respuesta.

Ya antes de ser elevado al Solio Pontificio, cuando so-





BALMES

## PLURA UT UNUM

lamente era Obispo de Imola, Pío IX era conocedor entusiasta de la obra balmesiana en general. Si no directamente, al menos de modo indirecto, el Papa indujo a Balmes a la publicación del criticado opúsculo. Y una vez aparecido, Pío IX tuvo especial deseo de conocerlo, solicitando el rápido envío de dos ejemplares a través del Nuncio en España, Monseñor Brunelli, aprobándolo totalmente luego de su conocimiento.

Por lo mismo era tanto mayor la tristeza que había de producirle la contradicción, pues era tanta la seguridad que sentía respecto a la procedencia de su obra, que siempre repitió: «Si mil veces lo hubiera de escribir, otras tantas lo haría sin variar una tilde».

### BALMES Y EL PAPA

Toda la vida de Balmes es una continua exposición de su sentir católico. Pero queremos hacer destacar un aspecto que de por sí nos lo muestra con mayor elocuencia: su concepto del Papado y su fe en el mismo. Lo define así:

«El pontificado no debe ser considerado como un hombre, sino como una institución; el individuo que llega a ser pontífice siente modificadas sus cualidades individuales; pierde, por así decirlo, la inestabilidad humana y adquiere, en algún modo, la consistencia de la institución que en sí personifica» (1).

Para Balmes, el Papa no es la persona, es la institución. Un ente invariable, en el que, encarnando la representación divina en la tierra, la personificación no pasa de ser un accidente o variante temporal, dentro de la inmutabilidad de su esencia.

Traemos a colación este concepto balmesiano para dejar sentado que no es Pío IX, como persona, quien le inspiró a tomar la pluma con tanto ardor, hasta el punto de haber de frenarla en ocasiones para coordinarla con su pensamiento, sino el Papa. Pero aunque así no fuera, ¿no era también de por sí y personalmente digna de toda deferencia la figura de Pío IX?

Por sus obras podremos conocerle. Tan sólo una, la primera de sus encíclicas, la «Qui Pluribus», aparecida a los pocos meses de su reinado en 9 de noviembre de 1846, será suficiente para nuestro intento y nos dará idea de la singular inteligencia y paternal visión de aquel Pontífice.

Empieza con una exposición de los males y errores que entonces afligían a la sociedad cristiana, de perfecta aplicación a nuestros días, y luego de sentar esa premisa, en continuado silogismo, va derivando uno a uno los remedios pertinentes: contra el error, la necesidad de una fe firme y una mejor formación religiosa; para afianzar esa fe y alcanzar esa formación, la precisión de buenos pastores; para tener buenos pastores, más y mejores seminarios, y, una vez formados, para mantener las virtudes cristianas de esos pastores y fieles, la práctica frecuente de los ejercicios espirituales.

Hablando de la encarnizada lucha contra todo lo que es católico, que en nuestra deplorable edad se ha encendido — lo dice Pío IX para 1846 y lo decimos nosotros para un siglo después —, y refiriéndose a cuantos encarnizadamente combaten nuestra religión, dice (2):

«... A eso tienden aquellas sectas clandestinas, salidas de las tinieblas para ruina y devastación del orden sagrado y profano, anatematizadas repetidas veces por los romanos Pontífices nuestros predecesores... Esto pretenden las astutas sociedades bíblicas, que, renovando las antiguas artes de los herejes, traducen a todas las lenguas vulgares, contra las reglas de la Iglesia santísima, los libros de las divinas Escrituras, los interpretan muchas veces con perversas explicaciones, y no cesan de repartirlos gra-

tuitamente y hacerlos tomar por fuerza, en número asombroso y con grandes gastos (3), a toda clase de hombres, aun a los más rudos, a fin de que, rechazada la tradición divina, la doctrina de los Padres y la autoridad de la Iglesia católica, interpreten todos, según su privado juicio, la palabra del Señor, perviertan su sentido y caigan en grandísimos errores... A esto mira el horrendo sistema en gran manera repugnante, hasta la luz de la razón natural, de la indiferencia en materia de religión (4) con que estos malvados, quitada toda diferencia entre la virtud y el vicio, entre la verdad y el error, la honestidad y la torpeza, piensan que los hombres pueden alcanzar la salvación eterna en el culto de cualquier religión...»

Y prosiguiendo en la enumeración de esos males y asechanzas señala y define ese gran peligro para el orden civil y cristiano, tan destacado en nuestros días, al decir:

«... a eso se dirige la horrible doctrina del Comunismo, como la llaman, en alto grado contraria a los mismos derechos naturales, que, una vez admitida, acabaría de raíz con todos los derechos y propiedades y hasta con la misma sociedad humana...»

Este era el Pontífice que Balmes defendiera; éstos eran los pensamientos de quien, por ser perfecto conocedor de todos los aspectos y manifestaciones de la revolución latente, tratara de evitar los graves daños de ésta mediante algunas reformas en el gobierno temporal de sus estados; éste era el Papa tan vivamente atacado. Por eso se comprenderá bien toda la fe que pusiera Balmes en su escrito y toda la amargura que luego había de producirle la injusta incompreensión para con él mismo.

### BALMES Y LA REVOLUCIÓN

#### «Sonó por fin la hora»

Con estas palabras empieza el postrer opúsculo (5), las últimas ideas que, a través de su pluma, conocemos del ilustre pensador. Ellas expresan suficientemente cuál era la posición balmesiana ante los acontecimientos acaecidos en Europa un siglo atrás.

Cuando empieza diciendo «por fin» da a entender bien claramente hasta qué punto eran previstos y temidos por Balmes tales acontecimientos. Como bien claro lo expresa, esa explosión revolucionaria no fué un hecho aislado, sino un fruto de circunstancias del momento, sino un acontecimiento que se venía preparando, previsible y previsto, eslabón de la serie de trastornos iniciados en 1789. Así dice:

«Los sucesos de febrero (6) no son una revolución nueva, son una fase de la antigua, de ese gran hecho de los tiempos modernos que los historiadores tomarán siempre como una época, término de una serie de grandes evoluciones sociales, principio de otras no menos grandes: la revolución de 1789... Ahora prosigue; los períodos de paz fueron treguas; la obra de transformación social se ha estado operando siempre en aquella inmensa fragua, ora a la luz del día, ora bajo tierra; los que creyeron que se acababa todo, primero con la restauración, luego con la dinastía de julio, se parecen a quien esperase que un volcán se apagase tapándole el cráter con una piedra. Dos veces se ha hecho el ensayo; en los intervalos el volcán no ha cesado de arrojar llamaradas, hasta que al fin ha venido una fuerte erupción, lanzándolo todo a distancias enormes.»

Naturalmente, Balmes se refiere a hechos ocurridos en Francia, pues, como vamos a ver, es la primera en el or-

(3) En Argentina, por ejemplo, hace ya varios años pasaba de ciento treinta millones de pesos. CRISTIANDAD, núm. 50, pág. 177.

(4) Así, p. e., en EE. UU. más del 50 % de los habitantes no practican ninguna religión.

(5) Balmes, Obras completas, tomo X, Vol. XXXII, pág. 395.

(6) Balmes, Obras completas, tomo X, Vol. XXXII, pág. 398.

(1) Balmes, Obras completas, tomo IX, Vol. XXXI, pág. 106.

(2) Colección alocuciones consistoriales y Encíclicas de Pío IX, páginas 252 y siguientes.



den cronológico de esa serie de convulsiones, y por su trascendencia la que, al hacer saltar la chispa, le mueve a escribir el opúsculo que comentamos. Pero, en el fondo, sus frases son de aplicación general.

¿Cuáles fueron los sucesos a que nos venimos refiriendo? Los resumiremos escuetamente para no extendernos en demasia:

*Francia.* — Febrero. Estalla la revolución. Caída de Luis Felipe, el rey masón, hijo del príncipe regicida. República.

*Austria.* — Marzo. Revolución. Caída y fuga de Metternich. Huidas del emperador Fernando I y final abdicación en Francisco José I.

*Alcmania.* — Marzo. Graves desórdenes.

*Prusia.* — Federico Guillermo IV se ve obligado a conceder reformas.

*Roma.* — Sucesos revolucionarios en febrero y marzo. Modificaciones administrativas. Asesinato del primer ministro De Rossi.

*Milán.* — Revolución y proclamación de la república.

*Venecia.* — Igualmente, tras la revolución la república.

*Parma.* — Revolución. Carlos II abdica en Carlos III.

*Módena.* — El Duque se ve precisado a abandonar sus estados por causa de la revolución.

*Piamonte.* — Sucesos revolucionarios de marzo. Carlos Alberto hace concesiones a las demandas populares.

*España.* — Mayo. Sublevaciones republicanas en Madrid, Sevilla y Barcelona.

Como puede verse, salvo la hermética Rusia, donde la levadura revolucionaria iba produciendo su efecto más lentamente por circunstancias geográficas y raciales, y la astuta Albión, que, hábil inductora de revoluciones, dígalos si no el atildado lord Minto de la embajada en Roma, supo mantenerse al margen de ellas, no queda país libre, de aquel entonces, que no se sintiese sacudido por la conmoción. Luego hemos de ver cómo Balmes supo presentir la hora de Rusia.

La relación anterior es bien elocuente; sobradamente se ve que no fué un simple episodio. Tal como la calificara Balmes, fué una auténtica explosión del volcán revolucionario, hasta entonces latente desde sus anteriores explosiones.

Ahora bien, ¿cuál fué el sentido de esa revolución? Fué desde luego un movimiento social, como lo habían sido los anteriores; pero, preguntamos, ¿fué católico?, ¿pudo ser católico?

Nos hacemos estas preguntas siempre tratando de interpretar el pensamiento balmesiano, por cuanto, en medio del confusionismo reinante en la hora presente, hay quienes pretenden ver o atribuir tal orientación a los sucesos de 1848. ¿Es posible que fuese movimiento católico?

¿Lo fué acaso la revolución de 1789, la conocida en la historia con el nombre de Revolución francesa? Creo que no habrá lugar a dudas respecto a la respuesta negativa. Si, pues, nos dice Balmes que los anteriores sucesos no constituyen una revolución nueva, sino tan sólo una fase de la antigua, de la que son continuación y consecuencia, ¿cabe atribuirle distinto signo del de ésta, deificadora de la razón en contra de la fe?

Pero aun hay más. En aquel estado convulsivo de la Europa y con ocasión de manifestaciones que se produjeron en los Estados Pontificios, el grito distintivo que sintetizaba la intención de los revolucionarios era:

«¡Viva Pío IX! ¡Viva Gioberti! ¡Abajo los jesuitas!» (7).

¿Pueden simbolizar esas tres expresiones un movimiento católico?

El primero es un grito de circunstancias, de conveniencia; el lobo disfrazado con piel de cordero; la pantalla tras la que pretende disimularse el auténtico sentir encerrado en las otras dos expresiones, sin duda mucho más sinceras. ¿Pudo ser veraz ese «viva» en boca de un movimiento que desde entonces no tuvo sino desaires y humillaciones para el Pontífice? ¿Cabía verdadero ánimo laudatorio para un Papa a quien se merman sus derechos soberanos, se dispara contra su residencia, se asesina a su ministro, se desarma a su guardia, se le recluye en sus propias habitaciones y posiblemente se hubiese llegado a más de no haber logrado huir a tiempo de su prisión vaticana?

Queda un «viva» y un «abajo», dos gritos que se contraponen. Y, ¿a quién se ensalza? A Gioberti, a un sacerdote renegado; a un político cuyas obras hubieron de ser incluidas en el *Índice*; a un liberal que, con desprecio de su consagración y ministerio, no se retracta de sus errores y muere impenitente. ¿A quién se aniquila? A los jesuitas, a la gloriosa y españolisima Orden, antitesis del sectarismo y luchadora contra la herejía. Esa institución que al proclamarse en Europa por boca de Lutero — otro sacerdote renegado — la rebelión contra Roma, surge por divina providencia y toma, por oposición, la norma de especialísima obediencia al Pontífice, de su cuarto voto. Esa congregación de la que, con razón, pudo decir Menéndez Pelayo que: «*Si media Europa no es protestante, débelo en gran manera a la Compañía de Jesús*» (8).

¿Eran acaso católicos los que con anterioridad habían propugnado su aniquilación? Pombal, el sanguinario ministro portugués, fué sectario. Aranda, su seguidor en España, llegó a Gran Oriente en 1780. Y otro tanto puede decirse de Choiseul en Francia y de Tanucci en Nápoles. Más aún, si se quiere referencia más reciente, ¿no fueron los jesuitas la primera Orden que se apresuró a disolver la república masónica y laica, que hace poco padeció España, a los pocos meses de instalada?

Tras estas consideraciones difícilmente podrá dudarse de la índole de aquellas tres expresiones y del movimiento que representan. Pudo ser o no ser sectario; pero de lo que no cabe duda es de que no fué católico.

## EL PROTESTANTISMO Y LA CIVILIZACIÓN EUROPEA

### «El protestantismo torció el curso de la civilización europea»

En la ecuación del pensamiento católico balmesiano el error protestante es la constante. No se trata solamente de su erudito trabajo «*El protestantismo comparado con el catolicismo*», es toda su obra, a través de la cual se respira y trasluce esa constante preocupación.

Limitándonos, para nuestro fin, a la época final de su vida que nos hemos propuesto considerar, podemos ver cómo en el ya citado opúsculo sobre «Pío IX», para finalizar la exposición, «*resumiendo las ideas emitidas*», según frase del mismo Balmes, nos dice (9):

«*El protestantismo torció el curso de la civilización europea; sin esa calamidad, la Europa sería muy diferente de lo que es... Dos principios fundamentales se hallan en el seno del protestantismo: el espíritu privado en materia de fe y la supremacía religiosa atribuida a la potestad civil. El primer principio condujo a la impiedad... El segundo, planteado sin disfraz en Alemania e Inglaterra, contribuyó a desenvolver en los países católicos un espíritu regalista de mal género...*

»*Precisamente por la misma época (fines del XVIII) daba sus frutos la semilla del protestantismo: en vez de*

(8) Menéndez Pelayo, «Heterodoxos», Tomo II, pág. 685.

(9) Balmes, Obras completas, tomo X, Vol. XXXII, pág. 339.

(7) Umberto A. Padovani, «Vicenzo Gioberti ed il Cattolicesimo».

## PLURA UT UNUM

la democracia religiosa se presentaba en la arena una demagogia impia. Estalló la revolución francesa; siguióla Napoleón: los potentados de la tierra se vieron hundidos en el polvo...»

Podríamos continuar el pensamiento balmesiano añadiendo cómo, restituidos en sus tronos esos potentados, por obra del Congreso de Viena, cuando externamente más seguros podían considerarse, esta nueva fase de la revolución, esta manifestación de 1848 a que nos venimos refiriendo, nuevamente los vuelve a hundir en el polvo.

### Cuatro centenarios

El nexa y derivación que, como se acaba de exponer, entre protestantismo y revolución establece Balmes, sin que nos permita decir que todas las revoluciones hayan tenido origen protestante, nos permite, en cambio, deducir de los errores protestantes muchas de las causas originarias y determinantes de la revolución.

A este propósito, y sólo a título de cita, es interesante mencionar la singular coincidencia que el R. P. Ramón Orlandis, S. J., ha venido destacando en sus más recientes conferencias: cuatro centenarios en los que cada siglo viene a representar un avance o una concesión al protestantismo, para abocar finalmente en el año revolucionario que nos ocupa.

Surgida la rebeldía protestante a principios del siglo XVI, en 1548, Carlos V impone el «Interim», primera concesión y reconocimiento oficial que se hace a los protestantes.

En 1648 tiene lugar la paz de Westfalia, que puso fin a la guerra de los Treinta Años. La impiedad a que aludía Balmes se manifiesta por primera vez; es la primera paz laica de la Europa cristiana.

En 1748 también se firma otra paz, la de Aquisgrán, término de la guerra de sucesión de Austria. Prusia triunfa sobre Austria, el protestantismo adquiere preponderancia sobre el catolicismo, y quedan sentadas las bases del Estado prusiano, genuinamente protestante, con profundas consecuencias para Alemania y Europa.

En 1848, el estallido revolucionario a que nos venimos refiriendo.

¿Y en 1948? Dios dirá qué clase de hechos habrán de pasar a las páginas de la historia; a la vista de cuanto va sucediendo, los presagios no son muy tranquilizadores.

### BALMES Y LA ACTUALIDAD

Ciertamente no pudo escribir Balmes sobre 1948 en concreto; pero, en cambio, si escribió augurios de acontecimientos futuros, presentidos por su gran visión política, que leídos hoy día, por su actualidad, parecen destinados a comentar aspectos de la época presente.

Se refieren a Rusia y proceden de su obra «*El protestantismo comparado con el catolicismo*» (10), y que, cinco años después, con renovado presentimiento de su trascendencia y con ocasión del nuevo Pontificado, en las postrimerías de su vida, repite en sus *Escritos políticos* (11).

En el capítulo donde se comprende el párrafo a que nos vamos a referir, Balmes desarrolla la idea de que el catolicismo es la verdadera fuente de cultura, valladar poderoso contra las invasiones atentatorias de la civilización cristiana y fuerza viva que ha ido salvando el occidente, constituyendo la reserva que, a través de todas las convulsiones y trastornos, hace brotar cada vez nueva luz y vida del caos. Y en ese sentido dice:

(10) Balmes, Obras completas, tomo V, Vol. I, págs. 205 y sig.  
(11) Balmes, Obras completas, tomo IX, Vol. XXXI, pág. 170.

«Si un día estuviese destinada la Europa a sufrir de nuevo algún espantoso y general trastorno, sea por el desborde universal de las ideas revolucionarias, sea por alguna violenta erupción del pauperismo sobre los poderes sociales y sobre la propiedad; si ese coloso que se levanta en el Norte en un trono asentado entre eternas nieves [Rusia], teniendo en su cabeza la inteligencia y en su mano la fuerza ciega, que dispone a la vez de los medios de la civilización y de la barbarie, cuyos ojos van recorriendo de continuo el Oriente [China, Corea], el Mediodía [Persia, Palestina, Grecia] y el Occidente [Austria, Italia, Francia, España], con aquella mirada codiciosa y astuta, señal característica que nos presenta la historia en todos los imperios invasores; si acechando el momento oportuno se arroja a una tentativa sobre la independencia de Europa, entonces se vería una prueba de lo que vale en los grandes apuros el principio católico; entonces se palparía el poder de esa unidad proclamada y sostenida por el catolicismo; entonces se vería una de las causas de la debilidad del Oriente y de la robustez del Occidente; entonces se recordaría un hecho que empieza ya a olvidarse y es: que el pueblo contra cuyo denodado brío se estrelló el poder de Napoleón era el pueblo proverbialmente católico. Y, ¿quién sabe si en los atentados cometidos en Rusia contra el catolicismo influye el secreto presentimiento, o quizás la previsión, de la necesidad de debilitar aquel sublime poder que, en tratándose de la causa de la humanidad, ha sido en todas las épocas el núcleo de los grandes esfuerzos?»

¡Cuánta verdad y cuán profunda filosofía encierra el párrafo!

Entonces España y Pio VII fueron la nación contra quien se estrelló el vencedor de Europa y el único príncipe que se atrevió a oponerse al emperador.

Hoy, el coloso de trono asentado entre eternas nieves, se dispone a arrojar a una tentativa sobre la independencia de Europa. Y hoy, como en la Reconquista, en Lepanto y hasta en Viena, son las mismas fuerzas católicas las que prueban cuánto vale en estos trances su principio y su fe. Por eso el coloso trata de debilitar su sublime poder.

¿Qué sentido tendrían sino los reiterados ataques de Rusia contra el Vaticano? ¿qué podrá implicar y qué representa, si sólo fuese cuestión material, un grupo de sesenta guardias suizos, armados de lanzas, contra los millones de soldados de los soviets?

¿Qué tiene España para Rusia como para inducir a promover tantas campañas y haber logrado concertar la nefanda unión de la mayoría de los países contra ella? ¿Cuál puede ser, en el fondo, la verdad del «caso de España» sino el de su fe católica?

Si, pues, se pretende debilitar la fuerza de nuestra fe, nuestra respuesta ha de ser fortalecerla, cumpliendo la reciente consigna de Pio XII (12):

«La gran hora para la conciencia cristiana ha sonado. O esta conciencia despierta a la plena y viril convicción de su misión de ayuda y salvación, para la Humanidad puesta en peligro en su ser espiritual, y entonces habrá salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor: «Tened fe; he conquistado el mundo», o de lo contrario, y Dios no lo permita, esta conciencia despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo, y se cumplirá el veredicto, no menos solemne: «El que no está conmigo, está contra mí».

Fernando Serrano Misas

(12) Pio XII. Mensaje de Pascua, 28 marzo 1948.

# Influencia de Balmes en la América Española

Párrafos de una Conferencia de D. CRISPIN AYALA DUARTE, Miembro Correspondiente de la Real Academia Española e Individuo de Número de la Venezolana, leída en Vich, el día 15 de Febrero de 1948

Aún parece que resuenan los ecos del Congreso con que en 1910 celebró España el centenario del nacimiento del "más ilustre y famoso de los pensadores españoles", que en la primera mitad del pasado siglo XIX fué gloria indiscutible, no de un pueblo, ni de una raza, sino de la especie humana".

Años aciagos fueron los del comienzo del pasado siglo, y en ambiente revolucionario alentó el mundo hispánico contagiado de extranjeros miasmas, cuando abrió sus ojos a la luz en esta Ciudad de Vich su perillustre hijo.

El terreno estaba abonado sin duda para recibir el germen de la insurrección que con tanta pujanza iba a desarrollarse en América. Las doctrinas de los pseudo filósofos habían ido cundiendo poco a poco entre la gente culta, y aun hubo muchos clérigos y frailes tocados de liberalismo por la revolución francesa, como dice don Ricardo Rojas que lo estaba D. Manuel Belgrano. En la biblioteca del padre Maciel —dice— se hallaron las obras de Bayle y de Voltaire, junto a Bossuet, Flechier, Fenelón; y en la del canónigo Terrazas, de Chuquisaca, leyó D. Mariano Moreno las de Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Raynal y D'Aguesseau. Así pudo publicar, después aquel joven y apasionado demagogo que se atrevió a ordenar la ejecución del antiguo Virrey D. Santiago de Liniers, la versión española del *Contrato social*, de Rousseau, a quien Moreno llama en prólogo "admiración de su siglo" y "asombro de todas las edades".

Justo es reconocer, con todo, que este ambiente filosófico primero, revolucionario y demagógico a poco de entrado el siglo XIX, había sido formado y extendido en América por muchos españoles, gobernadores y maestros de los americanos: que tan diestra y sutilmente, aunque tal vez sin columbrarlo muchos, ni quererlo, prepararon la ruina del imperio los mismos encargados de velar por su seguridad y acrecentamiento.

No sin algo de razón pudo, pues, el señor Rojas atreverse a decir que los americanos recibieron de España, juntamente con otras, la Luz de la nueva vida que hoy tienen... Y para comprenderlo así bastará estudiar los fundamentales cambios que sufrió la cultura peninsular en el siglo XVIII a partir de Felipe V, con el cambio de dinastía y el renuevo filosófico en el gobierno y la literatura... Los Ministros se llamaban Aranda, Gálvez, Florida-Blanca, muy distintos de los del tiempo de Felipe II, y muy superiores a los de Francia en las postrimerías del viejo régimen. Rousseau y Voltaire se hicieron familiares a los españoles cultos del tiempo de Carlos III, y entre éstos era raro el que no había viajado por Francia. Revisábanse todos los valores, incluso los del régimen colonial, sobre el cual se proponían las más avanzadas reformas. Fundábanse asociaciones como la Real Academia para el estudio del idioma o la de Historia, para el estudio del pasado español, mientras otras se organizaban por su cuenta para el fomento de la riqueza pública. Además de estas asociaciones visibles había otras secretas,

de carácter internacional y revolucionario, casi todas masónicas...

"Claro es que este nuevo espíritu peninsular no había de llegar al Nuevo Mundo sino de un modo furtivo. Nadie pudo evitar que lo trajeran dentro de sí virreyes y nuevos magistrados constituían siempre una oligarquía, pero diversa de la oligarquía levítica del siglo XVII y de la oligarquía militar del XVI. Además, en el siglo XVIII fué muy frecuente que los padres pudientes de América enviaran sus hijos a las academias militares o a las escuelas universitarias de España. Manuel Belgrano estudió en Salamanca y de allí trajo las ideas de reforma económica que difundió desde el Consulado. San Martín, Alvear, Pueyrredón, Borges, Moldes, habían recibido junto con su aprendizaje militar en la Península, su iniciación masónica y revolucionaria. Claro que España se contagiaba a su vez de los carbonarios italianos, de los enciclopedistas franceses y de los economistas británicos; pero es evidente que la irradiación del nuevo pensamiento filosófico había de llegar a las colonias del Plata más bien de España que no de otras naciones con las cuales no teníamos intercambio comercial ni mental".

Ponderan muchos —he escrito yo en un libro— el don profético del conde de Aranda en lo referente a la emancipación de América; pero es verdadera lástima que no fuese tan previsivo cuando fomentaba la obra demolidora de los filósofos y protegía su expansión por todos los dominios del Rey Católico, con evidente perjuicio de la autoridad Real y menoscabo de la Monarquía. Hasta donde pudieron ocultarse a los penetrantes ojos del célebre Ministro las miras del filosofismo que, aliado con la francmasonería, aspiraba no sólo a consolidar la revolución en Francia, pero a destruir todos los gobiernos existentes entonces, es materia cuya discusión no es de este lugar. "No debemos olvidar, con todo, un dato muy poco conocido que, de ser auténtico, arroja nueva luz sobre este personaje. Hace doce años —leemos en los *Retratos de antaño*, del padre Coloma—, celebraron los masones españoles el centenario de la fundación del *Gran Oriente Nacional de España*, acuñando una moneda de bronce con estas inscripciones: Por el anverso: *Centenario del Grande Oriente Nacional de España celebrado en 1880* año 5.º del 6.º Gran Maestro. Por el reverso: *Grande Oriente Nacional de España fundado en 1780 por el Conde de Aranda 1.º Gran Maestro*. La medalla es auténtica y existe en poder de un elevado personaje que nos ha mostrado exacto facsímile metálico".

Por lo que hace al nuevo Continente, en Buenos Aires, por ejemplo, al lado de algunas asociaciones públicas como la Sociedad Patriótico-literaria y económica de 1801 y las de 1811 y 12, "otras de carácter secreto —dice Rojas— eran urdidas sigilosamente por hombres más cautos. La masonería, introducida en el país por los regalistas borbónicos que expulsaron a los jesuitas en 1767, y por los prisioneros ingleses de las invasiones (1807), había tomado forma revolucionaria con americanos como Bor-

ges, Moldes, Guruchaga, Rodríguez Peña, que vinieron iniciados desde Europa. Desde los tiempos de Miranda, la masonería trabajaba por la emancipación de América y, en conexión con *hermanos* de Norteamérica y de Inglaterra, minaba el ejército español, de donde salieron como neófitos suyos San Martín y Alvear que tanto sirvieron en la empresa. Al llegar éstos a Buenos Aires en 1812 formaron la primera *logia* y el impulso de fraternidad oculta asumió forma definitiva en la *Logia Lautaro*, célebre por el apoyo que prestó a Pueyrredón en medio de la anarquía y a la campaña de emancipación continental".

Imperaban en las cátedras y en la prensa autores como Holbach y Destut de Tracy, a quienes mientras Alcorca implantaba el sensualismo en cátedra de Buenos Aires, combatía en Bolivia el Arcediano de Salta D. Juan Ignacio Gorriti, autor argentino de *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los nuevos Estados americanos*. La enseñanza de esos autores, opinaba Gorriti, "está haciendo beber a la juventud boliviana el veneno del materialismo, destructor de todos los vínculos sociales y corruptor de las costumbres; y por lo mismo incompatible con la firmeza y estabilidad de las buenas leyes y tranquilidad pública".

El influjo de Balmes en la América hispana puede demostrarse, en primer lugar, trayendo autoridades que lo comprueben. De éstas, que a granel podría acumular, será botón de muestra, en Nueva España el obispo Mengüta, llamado el Balmes de Méjico, y el de Tunja en Nueva Granada, D. Eduardo Maldonado y Calvo, y en el Uruguay el antiguo Administrador Apostólico de Montevideo don Ricardo Ysaza, y en Quito, en La Plata y en Santiago de Chile sus respectivos Arzobispos. Este último atestigüa que desde su infancia oyó con respeto y con cariño el nombre de Balmes "cuyas obras —dice— han sido nuestra guía y las de varias generaciones de nuestros diocesanos en los estudios filosóficos y apologeticos".

Bien claro lo confesó también el señor González Suárez, de los más ilustres prelados de América, en aquella hermosa carta que dirigió al Presidente del Congreso de 1910: "Tal vez la influencia de Balmes como filósofo católico y como apologeta del catolicismo haya sido mayor en América Española que en la misma España; a lo menos por lo que hace a esta República del Ecuador —dice— puedo yo testificar que la influencia de Balmes ha sido notable, pues no ha habido persona alguna, por poco aficionada que haya sido al estudio, que no haya leído con empeño la *Filosofía elemental*, *El criterio*, las *Cartas a un escéptico* y *El protestantismo comparado con el catolicismo*. En las escuelas de primeras letras fué un tiempo obligatorio el estudio del opúsculo titulado *La Religión demostrada al alcance de los niños*; yo mismo cuando niño, estando en la escuela, lo aprendí de memoria todo entero. Y aun me acuerdo con cuánta fruición de mi alma declamaba a mis solas algunos de los párrafos de ese elocuente escrito. El segundo Arzobispo de Quito, el respetable señor Francisco Javier Garaicoa, a su costa mandó hacer una edición abundante del opúsculo de Balmes, lo distribuyó generosamente a las escuelas de la Arquidiócesis y estimuló a los maestros a que lo hicieran aprender de memoria a los alumnos. La Arquidiócesis de Quito comprendía entonces también los dos obispados sufragáneos de Ibarra y de Riobamba que todavía no estaban erigidos.

"Las prensas de Chile, que a la sazón era la más adelantada de las repúblicas de la América Meridional, habían divulgado las obras de Balmes cuatro años después de la muerte de éste, en ediciones limpias correctas y ele-

gantes. En Colombia el nombre de Balmes ha sido tan popular como en el Ecuador; aquí *El protestantismo comparado con el catolicismo* no faltaba ni en la más pobre librería del más humilde ecuatoriano; y con la lectura de las doctas y eruditas páginas de esa elocuentísima obra amenizaban las tristes horas de su laboriosa retirada vida nuestros abnegados párrocos, hasta en las aldeas de los páramos agrestes de la cordillera de los Andes".

En la Nueva Granada apellidaron *Balmes republicano* a Monseñor D. Rafael María Carrasquilla, a causa de su *Ensayo sobre la doctrina liberal*, cuya edición española tuvo mucha boga aquí en Europa y mereció a su autor la bendición de León XIII.

Según D. Daniel Samper Ortega, Balmes compartió con Bentham y de Tracy las aficiones filosóficas de la juventud que pululaba en los claustros después de 1840, y fueron D. Teodoro Valenzuela y D. José María Vergara los tipos de jóvenes que capitaneaban los dos opuestos campos, el librepensador y el católico.

Todos estos datos sin duda contribuyen a poner de manifiesto la influencia balmesiana en Hispano América; mas tengo para mí que acabaré de comprobarla si os presento una figura descollante de la literatura hispanoamericana que a Balmes debe los fundamentos de su formación filosófica. Tal fué, señores, el conspicuo humanista y poeta neogranadino D. Luis María Mora (1869-1936).

Desempeñó Mora sucesivamente varios cargos de Instrucción Pública y en la Dirección de Estadística; fué Cónsul en Los Angeles y durante los cinco años que allí estuvo, cuenta Samper que "no salía de la Universidad de California y en ella se doctoró otra vez solemnemente el 7 de junio de 1930". Perteneció desde 1921 a la Academia Colombiana, donde le dió la bienvenida D. José Joaquín Casas, el cual en su discurso de contestación le gradúa de filósofo escolástico, poeta de risueña imaginación, profesor de didáctica y de filosofía, polemista de nervio, amo y señor de la buena prosa...

Los que conocieron y trataron a Mora nos le pintan "de pequeña estatura, la nariz perfilada, piel blanca, ojos maliciosos con algo de burlón y de sarcástico". Discipulo "predilecto y muy leal" de Monseñor Carrasquilla, católico de fe "profundamente anclada en el corazón y en la mente", nunca fué "pacato ni gazmoño, ni afecto a las virtudes negativas. Sabía reír rabelerianamente..."

Conservador en política fué, entre los conservadores, *nacionalista*, fracción opuesta a la denominada *histórica*; y descendió a los campos de batalla en defensa de sus ideas que también defendió luego por la prensa.

Mora inició su carrera intelectual con un profundo trabajo, su tesis doctoral, que intituló modestamente *Apuntes sobre Balmes*, y que Juan Maragall, vuestro poeta, elogió mucho. No son por cierto aquéllos simples apuntes, sino la biografía de nuestro filósofo; más aún —según Samper Ortega afirma— un atinado análisis de sus ideas. Para hacerlo, Mora no se limita a pasarles revista, sino que analiza, como el autor de *El Criterio*, sus propias sensaciones y las coteja con las de aquél.

"¿Quién no ha meditado —se pregunta Mora— en este mundo silencioso y obscuro de la conciencia, en que con la rapidez de las ondas de un río se suceden unas impresiones a otras? ¿Quién no ha pensado en esa lucha tenaz de opuestos y secretos móviles que se desarrolla en los arcanos del yo? Colocado el hombre en medio de la creación, obran los agentes exteriores sobre él y trazan hondas huellas en su alma, al paso que el espíritu viste a veces la naturaleza con sus propias formas, ya tristes,

ya risueñas. Para el que padece, ninguna hermosura tiene la diáfana claridad de un día de diciembre; en cambio, el que goza halla indecible encanto en las lluviosas mañanas de invierno”.

“Y así, reconstruyendo la obra de Balmes sobre el teclado de su propio sentir, al modo que el intérprete la del compositor en el piano, Mora la analiza, la coteja con las de otros filósofos, le da una interpretación inspirada...”

Además de los *Apuntes* y de las *Croniquillas*, Mora escribió *El alma nacional*, que pertenece a la filosofía, varios libros de texto y un trabajo biográfico de su maestro Carrasquilla. Su discurso de recepción en la Academia Colombiana versó acerca de *La gramática y los gramáticos*; y el bello escrito sobre *La lengua materna* es digno de la antología.

Y ¿qué decir de él como poeta? Mi recordado amigo don Antonio Gómez Restrepo, de cuya sensible pérdida en el año que acabamos de despedir se repondrán muy tarde las letras castellanas en la América Española, hizo rápidamente el juicio de Mora como poeta al prologar en Roma las poesías del libro intitulado *Arpa de cinco cuerdas*:

“De las muchas cosas bellas que contiene este volumen, me parece que lo superior es el grupo de poesías que lleva el título de *Himnos antiguos*. Allí ha concentrado Mora lo más puro de su inspiración. Es miel del Himeto, presentada en cincelada copa. La armonía de los versos, la delicadeza de las imágenes, la pureza de la línea, la luz intelectual, que irradia de las ideas y se difunde y trasparentea en la forma, precisando y embelleciendo sus contornos; todo esto contribuye a dar a estos himnos un sello de perfección, que es característico del arte clásico”.

“Entre esas poesías descuella la oda *A una ánfora antigua*, que es una de las bellas inspiraciones del par-

naso colombiano: pieza de antología que ningún colector inteligente puede olvidar sin desposeer a nuestra lírica de una joya de muy subidos quilates”.

“Es Mora un fácil y elegantísimo versificador, cualidad que ahora muchos afectan desdeñar, pero que es tan necesaria al poeta como al pintor el conocimiento del dibujo. Ha habido, en ciertas escuelas, una verdadera conjuración contra el verso, que José Asunción Silva llamaba *vaso santo*, y que algunos de sus cultivadores han pretendido reducir a informes fragmentos. A las gentilísimas combinaciones métricas que hacían de la poesía castellana una exquisita música, se ha sustituido una mal hilada sucesión de renglones desiguales, sin ritmo, sin medida, sin rima: masa amorfa, que nada dice a la inteligencia ni al oído. Y la puerilidad del fondo corresponde a lo discordante de la forma. Goza el espíritu cuando de esta clase de arte nihilista, pasa al armonioso y sereno de poetas como Luis María Mora o Víctor M. Londoño. Para citar dos contemporáneos que, formados en ambientes muy distintos, han sabido ser dignos sacerdotes de la pura belleza...”

En la Biblioteca Nacional de la Atenas suramericana pervive Mora mediante sus obras y el recuerdo de sus compañeros y amigos; él, como dice uno de ellos, sigue colaborando más o menos lo mismo que cuando venía todas las mañanas; él es quien informa a los curiosos respecto del valor e historia de los incunables; él quien suministra datos sobre los poetas de la “Gruta Simbólica”; él quien resuelve muchas veces alguna duda gramatical; defiende los grandes intereses de la patria, relacionándola con Dios y con el carácter o nos sosiega en las horas de decepción o de cansancio con el regalo de algunos de sus sedantes himnos antiguos”.

Tiempo es ya de despedirnos de esta amable figura en cuya compañía como en la de uno de los últimos discípulos y amigos de Balmes, hemos dejado transcurrir un rato ameno.

**Las sociedades modernas, con la abolición de la esclavitud y con otros medios, han adquirido un fondo inagotable de movilidad: las instituciones fijas y robustas eran, pues, más necesarias que nunca.**

**Quien se interesa mucho por las formas políticas, mostrándose muy entusiasta de este o aquel sistema, o es ambicioso o poco entendido.**

**En tiempo en que no sea mucha la fuerza de las ideas pueden éstas hallarse en discordancia con las cosas; cuando las ideas tienen mucho influjo, no.**

BALMES

# Balmes y la unidad europea

## La barbarie ha penetrado en Europa

En los instantes más angustiosos por los que puede atravesar la vida de un pueblo, siempre brillan en su horizonte reflejos de una esperanza en un cambio favorable, prenda de un porvenir seguro y feliz. Pero lo que ocurre en muchas ocasiones, es que tales esperanzas se ligan estrechamente con fórmulas vacías de contenido, o cuando menos carentes de aquella virtualidad indispensable para que en ellas pueda conferirse sin temor de engaño o de vana ilusión. En tales casos, esas fórmulas no sirven más que para precipitar a quienes han puesto en las mismas su corazón y su voluntad, en el abismo del propio mal cuya extirpación pretendieron. Es decir, que, como expresa la sabiduría popular, ocurre que el remedio es mucho peor que la enfermedad que se trata de sanar.

Esto mismo es lo que viene sucediendo en nuestra vieja Europa. Víctima de sus propios errores y de aquellos principios de perdición que un día aceptó jubilosamente como ideal redentor, va hundiéndose paulatinamente en el seno de la iniquidad y del más abyecto materialismo.

Basta dirigir una simple mirada al espectáculo desolador que ofrece el continente, para comprobar como una lenta agonía mina inflexiblemente su débil organismo; y mientras los esclavos del Príncipe de las tinieblas no ahorran sus más fieros sarcasmos, algunos falsos profetas, que se presentan cubiertos con el ropaje de los mejores, tienden de continuo sus redes maléficas, tratando una y otra vez de apartar a los individuos y a las naciones, del único camino que puede conducirlos a su regeneración total. Por un lado, el comunismo y sus aliados se apodera violentamente de la vida de varios países, y logra polarizar tras de su bandera, masas ingentes de desventurados; por otro, una extraña amalgama de intereses externamente opuestos, apoyados en un engranaje de tipo económico y financiero, trabaja sin descanso en un pretendido intento de equilibrio político, que en el fondo sólo logra convencer a los menos preparados, de que un negro fatalismo se cierne sobre nuestra civilización, eminentemente cristiana y católica, para llevarla a la ruina. Orientales y occidentales —asi les gusta a menudo llamarse—, juegan con sin igual desenvoltura a la perdición de Europa, presentándose en ocasiones como irreconciliables enemigos, mientras las almas sencillas, los hombres de auténtica buena voluntad, contemplan empavorecidos como la barbarie más inmunda, penetra en las mismas entrañas de los pueblos. Los que dicen defender los valores espirituales de nuestra cultura, enlazándolos con estudiadas fórmulas de un falso progreso, son con frecuencia quienes con más rencoroso afán se desviven para sepultarlos y hacerlos desaparecer, como si en su diabólica furia fuesen los adelantados de aquella doctrina que desde la estepa alcanza ya el mismo corazón de Europa.

“¿Cómo es que la barbarie está todavía en sus puertas?”, se preguntaba hace más de un siglo nuestro gran pensador Balmes. ¿Cómo es —podríamos preguntarnos nosotros— que esa misma barbarie haya traspasado ya los umbrales del continente y penetre con redoblada fu-

ria en todos los órganos vitales del mismo? ¿A qué se debe esa ineficacia positiva para conjurar la amenaza que se perfila cada vez con mayor claridad? ¿Por qué fallan las mejores intenciones y los esfuerzos más sinceros?

Y como Balmes, nos sería fácil responder: “Si fijamos profundamente nuestra consideración sobre este lamentable fenómeno, el cual es bien extraño que no haya llamado la atención de la filosofía de la historia, descubriremos su causa en que la Europa ha carecido de unidad” (1).

Europa ha destruido lo que encarnaba su personalidad, lo que era fuente de su vida, de su prosperidad; la razón de su expansión universal y el fundamento de su principado. Se ha rebelado contra el espíritu que era, por encima de pasajeras desuniones, su fortaleza y aun su misma razón de existencia, y por ello no es de extrañar que no encuentre diques suficientes para contener —¡al menos!— las doctrinas engendradoras de miseria y de muerte. Destrozada su unidad, Europa se encuentra irremediablemente imposibilitada de reaccionar eficazmente contra las doctrinas más perversas que ha podido forjar el entendimiento humano.

## Europa y el protestantismo

La Edad Media sintetizó admirablemente el ideal católico de la indisoluble unión entre la Religión y la vida. Entonces Europa estaba íntimamente relacionada, formando una “verdadera sociedad de naciones, auténtica familia de pueblos cristianos” (2), en la que resplandecía una ejemplar fraternidad que cohesionaba sus naturales diferencias externas, sujetándolas en aras de una unidad de principios de los que el Cristianismo era su núcleo vital.

Sobre la auténtica relación de convivencia perfecta entre el Papado y el Trono, se levantaba pujante aquel magnífico ideal del Reino de Dios, aspiración sublime de toda una sociedad, plasmado en designios concretos, como fueron los desarrollados en los primeros años del siglo XI por el gran emperador, San Enrique (3).

En una palabra, la Edad Media fué la más completa demostración de como el Evangelio puede regir la vida de las naciones. “Entonces —explica León XIII— aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud, había compenetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad; la religión fundada por Jesucristo, colocada firmemente sobre el grado de honor y de altura que le corresponde, florecía en todas partes secundada por el agrado y adhesión de los príncipes y por la tutelar y legítima deferencia de los magistrados; y el sacerdote y el imperio, concordes entre sí, departían con toda felicidad en amigable consorcio de voluntades e intereses. Organizada de este modo la sociedad civil, produjo bienes muy superiores a toda esperanza”. Y uno de estos frutos, quizás no el menos trascen-

(1) Jaime Balmes. *El protestantismo comparado con el Catolicismo*. Capítulo XLV.

(2) Pío XI. Enc. *Ubi arcano Dei*.

(3) Véase CRISTIANDAD, núm. 79, pág. 306.



dente, fué sin duda alguna el de una intensa unidad. Unidad religiosa, primordialmente, que convirtió a Europa en "maestra y guía del resto del mundo" (4).

Por eso Balmes pudo muy bien escribir: "En la interminable serie de guerras y calamidades que afligieron a la Europa durante la fluctuación de los pueblos bárbaros, existía esa unidad de pensamiento; y, merced a ella, de la confusión, brotó el orden, de las tinieblas surgió la luz" (5).

No anda por ello, a nuestro modesto entender, muy acertado Dom Sturzo, al colocar en un mismo plano, la realidad de la unión europea en la Edad Media y los vanos intentos de alianzas entre los reyes y entre las repúblicas democráticas, de los siglos posteriores, para afirmar a renglón seguido que *siempre* ha sido imposible alcanzar la suspirada unidad (6). Entonces, ¿qué significación cabe atribuir al Imperio medieval? ¿O acaso, para Dom Sturzo, el concepto de unidad ha de interpretarse en el sentido de una absorción totalitaria o de un centralismo agobiante y dictatorial? No; la verdad es muy diferente. Europa alcanzó una unidad substancial y progresiva, cuando todos sus pueblos comulgaban en una misma fe y obedecían a un mismo Pastor. Por eso el protestantismo al separar a gran parte de Europa del seno de la Iglesia, rompió automáticamente aquella unión, sin que haya sido posible rehacerla de nuevo.

Fué la voz de Lutero la que anunció en el siglo XVI la disgregación de los Estados europeos, al socavar con las doctrinas por él enseñadas, "los cimientos de la sociedad civil y eclesiástica" (7), al propio tiempo que con su altiva soberbia y su profundo odio al Papado, introducía "la discordia en el seno de los pueblos hermanos" (8).

Al considerar el momento histórico en que tuvo lugar la subversión luterana, puede comprenderse más fácilmente la tragedia inmensa que representó para la humanidad, la separación de medio continente de la verdadera fe. "Congoja da por no decir desprecio —exclama Balmes— el reflexionar que cabalmente la aparición del protestantismo coincidió con momentos críticos en que la Europa, recogiendo el fruto de largos siglos de incansante trabajo e inauditos esfuerzos, se presentaba robusta, vigorosa, espléndida, y levantada como un gigante descubría nuevos mundos, tocando con una mano el Oriente, con otra el Occidente".

¡Cuántas esperanzas echó por el suelo la obra disgregadora de la herejía! "La Europa estaba al parecer destinada a civilizar el orbe entero. La superioridad de su inteligencia, la pujanza de sus fuerzas, la sobreabundancia de su población, su carácter emprendedor y valiente, sus arranques de generosidad y heroísmo, su espíritu comunicativo y propagador, parecían llamarla a derramar sus ideas, sus sentimientos, sus leyes, sus costumbres, sus instituciones, por los cuatro ángulos del universo" (9). Pero en el momento decisivo, su firme unidad de la que Roma era centro y fortaleza, se vino abajo, y en su lugar aparecieron un mosaico de pueblos, separados entre sí por altas barreras ideológicas.

El protestantismo: ¡he ahí el gran enemigo de Europa!; el que no satisfecho con destrozar su íntima constitución, ha dado paso a las corrientes naturalistas y liberales, por medio de las cuales ha introducido el "germen

de muerte" incluso en aquellas naciones que habían logrado ahogar en sus comienzos, los intentos proselitistas de las nuevas doctrinas. La obra realizada por la herejía protestante está bien visible a nuestros ojos. Contemplando, siquiera de un modo superficial, el cuadro que ofrece en nuestros días la Europa, se comprende perfectamente la maldad intrínseca que encierran los postulados de la secta. "Si el dividir los ánimos —ha escrito Balmes— el provocar discordias, el excitar guerras, el convertir en enemigos a pueblos hermanos, el hacer de un banquete de una gran familia de naciones una arena de encarnizados combatientes, si el procurar el descrédito de los misioneros que van a predicar el Evangelio a las naciones infieles, si el ponerles todos los obstáculos imaginables, si el echar mano de todos los medios para inutilizar su caridad y su celo, si todo este conjunto es un mérito, este mérito lo tiene el protestantismo; pero si es un cúmulo de plagas para la humanidad, de esas plagas es responsable el protestantismo" (10).

### ¿Hacia una nueva unidad europea?

En esta penosa etapa de la postguerra, algunos políticos protestantes, ante la gravedad inmediata que adquieren los peligros que amenazan la existencia misma de los pueblos europeos, y que ellos mismos, movidos por egoistas o perversos intereses, no supieron, no pudieron o no quisieron atajar en su misma raíz, vienen tratando de resucitar el viejo empeño de unificar el continente, sobre unas bases totalmente opuestas a las que dieron, en un día ya lejano, horas de sosiego, de confianza y de paz. En los nuevos proyectos han destacado, preferentemente, los trabajos llevados a cabo por el político inglés Churchill, sobre cuyos hombros pesa sin duda una parte importante de responsabilidad, en la trayectoria seguida por los acontecimientos políticos y sociales en los últimos años, y que apartado por "la voluntad del pueblo" del gobierno de la Gran Bretaña, pretende nada menos que imponer a las naciones europeas, una unión *in extremis*, conservando empero todos los vicios y todos los errores que han transformado la Cristiandad en una amalgama inorgánica de pueblos entregados a violentas discordias, presa fácil para doctrinarismos que han hecho de la violencia y el engaño sus principales armas de combate.

¿Cuál ha sido la idea central de Churchill en sus pretendidos afanes de unión europea? Como en otras fracasadas empresas, Churchill quiere demostrar que el liberalismo tiene virtualidad suficiente para construir una Europa potente y soberana, solidarizando a todos sus miembros en una marcha ininterrumpida hacia una época libre de guerras y de amenazas.

Contestando a un discurso del Ministro de Asuntos Exteriores británico, Bevin, que propugnaba la implantación del socialismo en todos los países europeos, como premisa indispensable para una futura federación de Estados, el señor Churchill replicó con las siguientes palabras: "Nada sería más imprudente ni más temerario que tratar de constituir una Europa socialista. Sería imitar a los que pretenden hacer una Europa comunista; sería la Kominform bajo otro título. Sobre el mismo principio podría constituirse una Europa Unida Liberal, una Europa Unida Católica-Romana, una Europa Unida Derechista, todas ellas riñendo entre sí. Este no es el método para volver a crear la estructura histórica del continente, que es tan vital para el mundo moderno... Dejemos a Europa con sus divisiones de partidos, que son inevitables, previsibles y tolerables en los países libres". O sea

(4) León XIII, Enc. *Immortale Dei*.

(5) Balmes. Obra cit.

(6) Luigi Sturzo, *La Federazione europea*, "Il Popolo", 29 de abril de 1948.

(7) León XIII, Enc. *Diuturnum*.

(8) Balmes. Obra cit.

(9) Balmes. Obra cit.

(10) Balmes. Obra cit.

que Churchill, impone su veto absoluto a toda comunidad de principios como presupuesto indispensable para una obra unificadora. Para Churchill, una Europa Católica sería lo mismo que una Europa comunista: es necesario, viene a decir, que Europa se halle profundamente dividida para que sea posible realizar su unidad. ¿Hase visto plan más absurdo y más carente de un elementalísimo sentido práctico? ¿Cómo es posible compaginar tan disparatada oposición entre una consecuencia a la que se dice aspirar con la sustentación de unos principios en pugna radical con aquélla?

Pero, como hemos insinuado, el objetivo del señor Churchill, la verdadera finalidad de su utópico programa, es el de salvar el caduco y fracasado liberalismo, a la par que intentar justificar lo a todas luces injustificable: la subversión protestante, causa y raíz de ese neoplasma que consume la íntima constitución de la sociedad europea. Lo confirmó su "brillante segundo" en el conservadurismo británico, el señor Eden, en una alocución dirigida a los periodistas extranjeros residentes en Londres: "Otro aspecto de la misión que corresponde a los países citados —aseguraba el señor Eden refiriéndose a Inglaterra, Francia y países del Benelux—, es probar que el sistema liberal y democrático pueda triunfar en la empresa de devolver la prosperidad y asegurar el porvenir de los pueblos" (11). ¡Este es el designio abrigado por los políticos protestantes! Reivindicar el doctrinarismo liberal, oponiendo un dique infranqueable a una Europa fundamentalmente unida, es decir a una Europa substancialmente católica. ¡Lástima que en la puesta en marcha de tan desgraciados propósitos, hayan logrado sus autores la colaboración de ciertos personajes no protestantes! Porque, ¿qué significa, pongamos por caso, la afirmación de un Dom Sturzo, de que "a ningún país, a ningún Estado, que no sea efectivamente *libre y democrático* (en el sentido real y tradicional de la palabra) se le permitirá jamás participar en la federación" europea? El pensamiento de Dom Sturzo (12), como el de otros personajes demócratas, coincide extrañamente con las aspiraciones protestantes y liberales, olvidando que entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, hay una distancia infinita que no podrá superar jamás ningún sincretismo impío y demoleedor, tan impío y demoleedor como pueda serlo el más descarado racionalismo.

En el discurso de apertura del llamado "Congreso federalista europeo", inaugurado el día 7 del pasado mes de mayo en La Haya, el señor Churchill remachando claramente sus ideas, invocó "el espíritu de tolerancia que es —dijo— de todos los pueblos de Europa, y que constituye su verdadera herencia, y la expresión de su genio y de su honor" (13). ¿Quién puede dudar ante tal declaración de las auténticas ambiciones del señor Churchill y de las de sus más íntimos colaboradores?

"Un liberalismo anticuado —ha dicho el Papa Pío XII— quiso, sin la Iglesia y contra ella, crear la unidad mediante la cultura laica y un humanismo secularizado" (14). Este mismo liberalismo reincide hoy en idénticos propósitos.

¿En qué parará esa desorbitada propaganda de uni-

(11) *Diario de Barcelona*, 13 de marzo de 1948.

(12) Luigi Sturzo, Artículo cit.

(13) *La Civiltà Cattolica*, 5 de junio de 1948.

(14) Pío XII. Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio. CRISTIANIDAD, núm. 43, 6 de enero de 1946.

dad europea de honda raigambre anticristiana? Dice León XIII, que "los que sólo tienen por guía a la razón es muy difícil sino imposible, que puedan tener unidad de doctrina" (15). ¿Cómo se atreven, pues, a hablar de unidad, quienes viven entregados a la más absoluta discordia, ignorantes de la única verdad capaz de dar al mundo la libertad evangélica, patrimonio exclusivo de los hijos de Dios?

### Los fundamentos de la verdadera unidad

Hay una aspiración ferviente de unidad en lo más íntimo de la conciencia humana; pero esta aspiración es constantemente desvirtuada hacia quiméricas combinaciones políticas, incapaces de satisfacer las ansias de los individuos y de los pueblos. Hace falta un espíritu sincero de unidad que encauce debidamente aquellas aspiraciones, y que haga posible la concreción de un ordenamiento justo y equitativo de la sociedad. "Sin unidad —asegura Balmes— no hay concierto, sin concierto no hay orden, y sin orden no puede subsistir el mundo físico ni el moral. Estas son verdades inconcusas, eternas, aplicables a la sociedad como al individuo" (16). Porque viven fuera de su órbita, porque están alejados de aquel espíritu, no existe la paz dentro de los pueblos, ni en la sociedad de los mismos. Desplazados de su posición equilibrada, todos "se hallan en situación violenta y forcejean por volver a su estado normal" (17).

¿Cuál es la causa fundamental de que el mundo navegue a la deriva en absoluto contraste con sus aspiraciones y tendencias?

La contestación, como siempre, la hallamos en las enseñanzas de los Romanos Pontífices: falta un vínculo espiritual, dice Pío XI, sin el cual las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. Y prosigue el Papa: "La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial" (18).

Esta es la única base posible de la verdadera unidad entre las naciones; éste es el único camino que puede conducir al mundo a lograr la ansiada paz: la unidad en la fe.

Lo anunciaba el propio Pontífice en los comienzos de la postguerra anterior: "Cuando las sociedades y los Estados miren como un deber sagrado el atenerse a las enseñanzas de Jesucristo en sus relaciones interiores y exteriores, entonces si que llegarán a gozar dentro de una paz buena, tendrán entre sí mutua confianza y arreglarán pacíficamente sus diferencias si es que algunas se originan" (19).

La unidad de Europa exige esta previa unidad de doctrina, exige el previo reconocimiento de la Iglesia como verdadera madre de los pueblos. Todas las demás soluciones que puedan presentarse, no pasarán, en el mejor de los casos, de simples paliativos. Y como dice Balmes, "¿qué valen los paliativos si la raíz del mal queda intacta?".

José-Oriol Cuffi Canadell

(15) León XIII. Enc. *Sapientiae Christianae*.

(16) Balmes. *Consideraciones filosófico-políticas*. Obras completas, volumen XXIV.

(17) Balmes. Obra cit.

(18) Pío XI. Enc. *Quadragesimo anno*.

(19) Pío XI. Enc. *Ubi arcano Dei*.



# DE ACTUALIDAD

## ¿Antisemitismo soviético?

Las relaciones del judaísmo con el movimiento comunista continúa siendo un tema de palpitante actualidad, subrayada, si cabe, por los frecuentes comentarios que tratan de crear la impresión de que en el seno de la internacional soviética existe una destacada corriente antisemita. A este respecto recogemos un artículo firmado por Drew Middleton en el "New York Times", en el cual dicho escritor, antiguo corresponsal en Moscú, manifiesta que en Rusia existe un sentimiento de odio contra los judíos: "Abierta o calladamente, es evidente que la táctica del Gobierno consiste en reducir el número de judíos que sirven en posiciones de influencia, en especial en el Ministerio de Relaciones Extranjeras... Los judíos no pueden ingresar en las Academias militares de Moscú, y se restringe su matrícula en las Facultades de Medicina y de Leyes en las Universidades de Kiev y Moscú. Los judíos remontan el actual antagonismo a los tiempos de León Trotsky, quien era judío, lo mismo que muchos de sus dirigentes."

Por su parte, Paul W. Ward, en unos artículos publicados en el "Baltimore Sun", dice que el Gobierno soviético es quizá el único que estampa en los pasaportes y otros documentos de identificación la palabra "judío", con lo cual todos los israelitas están "a merced de los prejuicios antisemitas de cualquier autoridad soviética", y agrega que la animosidad contra los judíos va en aumento en Rusia.

No sabemos hasta qué punto responden dichas alegaciones a la realidad, ni la significación que, en todo caso podrían tener las medidas denunciadas por los citados articulistas. Sin embargo, y no obstante tales afirmaciones, hemos de constatar algunos hechos específicos que pueden ayudarnos a calibrar exactamente hasta dónde llega el pretendido antisemitismo soviético: El judío Kaganovich, cuñado de Stalin, continúa siendo miembro del Gobierno y del Politburó moscovita; la judía Anna Pauker, nacida Anna Rabinshon, actual ministro de Asuntos Exteriores de Rumania, es la que lleva prácticamente la dirección de los asuntos políticos de aquel desgraciado país, contando con la confianza absoluta del dictador rojo; el judío Jacobo Erman, licenciado en la Academia Militar y Política de Moscú y jefe de la Sección polaca del IV Departamento del Estado Mayor soviético (Servicio de Información Militar), es el enlace entre Moscú y el Gobierno comunista de Varsovia; el judío Eisler, activo agente del Kremlin en Alemania, Francia, China y España, en la que fué zona roja, es uno de las principales figuras del partido comunista de Norteamérica, a donde llegó en 1940 en calidad de refugiado judío, y que últimamente ha sido detenido por la policía norteamericana al intentar salir de los Estados Unidos; el judío Jack Warner, conocido productor cinematográfico, al igual que otros potentados de Hollywood, ha llevado a cabo una importante labor propagandista en favor de la U. R. S. S., de la cual es claro exponente la película prosoviética "Mission to Moscow"; etc., etc.

¿Cómo se compaginan estas actividades con el pretendido antisemitismo soviético?

## El Papa habla a una comisión judía

El pasado mes de febrero Su Santidad el Papa recibió a una delegación de la Liga Judía que recorre Europa pa-

ra estudiar el problema de los judíos que han quedado sin hogar. Con este motivo el Pontífice pronunció un discurso en el cual, entre otras cosas, dijo:

"La misión que Dios nos ha confiado abre nuestro corazón a los sufrimientos de todas sus criaturas, muy en especial en esta hora en que estamos ansiosos por salvar a los pequeños que tan amargamente necesitan la protección del padre, sus cuidados, sus auxilios. ¡Son siempre los niños tan queridos al Corazón de Cristo!

*"Cordialmente invocamos las bendiciones de Dios Altísimo para todas las empresas que emprendáis en su nombre; que su gracia y amor ayude a los hombres a purificar de todo lo que sea indigno de su Autor, el sentido del deber y el más noble sentimiento humano (la caridad) para que así se devuelva a su gran familia, que es la nuestra, la ansiada paz."*

¡Hermosa lección de verdadera caridad cristiana la que nos brinda el corazón paternal del Papa!

## Alocución del Papa a los húngaros

Las medidas que paulatinamente va tomando el actual gobierno de Hungría contra la Iglesia, adquieren en estos días gravísimos aspectos. Las últimas disposiciones referente a la enseñanza, hacen prever en un plazo no lejano una persecución declarada contra el Catolicismo. En esa atmósfera antirreligiosa que preside la vida oficial del viejo país europeo, han conmemorado los católicos el décimo aniversario de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Budapest, en el cual estuvo presente, en calidad de Legado Pontificio, el actual Pontífice, entonces Cardenal Pacelli. Con este motivo, Su Santidad Pío XII, ha dirigido a los húngaros una hermosa alocución, a la que pertenecen los siguientes fragmentos:

"Vuestra noble nación, que en los siglos pasados tuvo que soportar muchos cambios adversos de fortuna, no dejó abatirse por esas olas de violencia. Cual encina vieja sí, pero invencible, puede ser estremecida pero jamás arrancada. He aquí que es particularmente característico de vosotros, el que activa o pasivamente podéis sobrevivir con igual fortaleza todas las calamidades. *Esa fortaleza, capaz de hacerlos perseverar en el sufrimiento, animada de confiada esperanza, nace de la realidad de que en las entrañas de vuestra inteligencia alimentáis la llama del Espíritu Santo, y procuráis infundir en vuestro ser la savia de las enseñanzas del Evangelio.*

En esto depositáis vuestra confianza toda. Los valores espirituales por los cuales vivimos sobre todo, si queremos mantener la dignidad de la humana condición, conducen hacia una victoria que no puede fallar: lo que por su misma virtud no puede ser sumergido, emerge tarde o temprano a la superficie".

Y refiriéndose concretamente a la situación por que atraviesa la nación, agregó el Soberano Pontífice: "La religión cristiana que habéis recibido en preciosa herencia de San Esteban y de vuestros gloriosos padres de la patria, y que custodiáis con celoso cuidado, siendo como es fuente inspiradora de todas las virtudes, os coloca en un plano singular de nobleza y de excelencia, que alcanza la plenitud de su esplendor en una hora en que algunos, negando el nombre y la majestad de Dios, intentan confundiros por medio de la falacia y el engaño arteros".

J. O. C.

## ORIENTACIONES



## BIBLIOGRAFICAS

LUTERO Y ROUSSEAU: SU INFLUENCIA EN LA IDEOLOGIA DEL LIBERALISMO CAPITALISTA, por Felipe Aragües Pérez. Prólogo del Dr. Sancho Izquierdo. Institución "Fernando el Católico" (C. S. I. C.). Tesis doctorales. Zaragoza, 1947. Un vol. de 147 págs.

El profesor Aragües Pérez, encargado de la cátedra de Derecho Político en la Universidad de Zaragoza, nos ofrece su tesis doctoral sobre tema tan sugestivo como el que prometen los dos nombres, verdaderos mitos, que encabezan su obra, y cuya influencia, por efecto de la coyuntura histórica en que esas dos figuras se produjeron, informa, aún, gran parte de la organización política, social y jurídica del mundo contemporáneo. Aprisionar en poco más de un centenar de páginas las notas esenciales de la obra protestante y roussoniana y poner de relieve el entronque e influencia de la misma en lo que después se ha llamado democracia liberal es empresa nada fácil que sólo podía llevarse a cabo, como en efecto lo ha conseguido el Sr. Aragües con un rigor lógico y documental inflexibles, excogitando los tectos característicos de los autores, salvando las contradicciones que los mismos ofrecen con no escasa frecuencia, estudiando cuidadosamente las interpretaciones —no pocas veces dispares— y, en fin, mostrando las últimas consecuencias del cisma protestante y de la idea enciclopedista. Pero no sólo es la obra del Sr. Aragües, como pudiera pensarse de lo dicho, una obra crítica. Al final de ella, a la vista de las consecuencias, concluye enseñando cómo la vuelta a los principios católicos formulados y mantenidos antes de la Reforma y desarrollados en la lucha contra la misma es la única y última posibilidad.

La obra que comentamos está dividida en dos grandes partes: protestantismo y filosofía roussoniana con sus respectivas derivaciones, precedidas de una introducción en la que se justifica el entronque teológico de toda doctrina política, y por tanto de las que se estudian aquí, y seguidas de una conclusión en la que se demuestra cómo la tesis protestante suministra el lado económico del liberalismo capitalista y la tesis racionalista informa los dogmas políticos del mismo. De aquí, pues, la preferente atención que haya de dedicarse a esas dos ideas centrales encarnadas por dos nombres simbólicos que dan título al libro: Lutero y Rousseau.

Sin pretender hacer un resumen, que por otra parte el mismo autor lo hace en cabeza de los capítulos fundamentales, si queremos subrayar algunas de las ideas esenciales de las dos doctrinas estudiadas.

Ya hemos anticipado la relación de toda doctrina política con la Teología, en cuanto da una versión de la naturaleza y fin del hombre. Pues bien el protestantismo parte de un error teológico acerca del pecado original: su identificación con la concupiscencia. De ahí sus tres dogmas fundamentales: predestinación, *Servo arbitrio* y libre examen. De tales dogmas se derivan dos corrientes de influencia: una ideológica y otra social. La primera conduce a la deificación del Estado y la segunda a la desintegración social y a la anarquía. Merece que nos detengamos, por su relevante aspecto jurídico en la primera de esas dos influencias: Negado el libre arbitrio, la auto determinación, y por tanto la represión interna —religiosa—, será preciso que el sometimiento a la norma moral y jurídica sea coactiva—represión externa. Así

deviene la coacción elemento esencial del Derecho. El Derecho independiente de la Teología y por tanto de la Moral. Sus normas no pueden ya imponerse en conciencia sino coactivamente. Y en cuanto al derecho político, si bien Lutero proclamó la independencia del poder civil frente al religioso, tiene que acabar subordinando éste al primero y esto por una razón más proselitista y empírica: la exaltación del príncipe que le apoya. Por camino tan tortuoso, verdadera contradicción del protestantismo con su postura inicial, se llega a la deificación estatal. Afirmada la primacía del Estado, afirmará Lutero la del orden social, la vida social a costa de la vida interior, pues ésta, *ab initio*, ya está predestinada. Pero esta misma exaltación, exclusiva, de la vida social conducirá a su desintegración (anarquía, segunda influencia).

Rousseau representa una actitud teóricamente optimista frente al problema de la naturaleza humana. A diferencia de Lutero niega la corrupción de la misma y afirma que el hombre es naturalmente bueno. Por tanto la causa del mal la deduce de la organización social que es menester revisar: actitud revolucionaria. La sociedad sólo puede construirse por el libre consentimiento: el pacto social, y la autoridad sólo puede fundarse en la voluntad general. Objetivizada, la voluntad general lleva al Estado absoluto y subjetivizada, es decir como suma de voluntades, lleva a la disgregación y a la anarquía. Vemos, pues, como las consecuencias a que llegamos son las mismas que en el protestantismo. Ya hemos dicho como ambas doctrinas suministran el lado económico y político del llamado —vocablo equivoco— liberalismo.

Pensando en católico —dice el señor Aragües— tenemos que volver íntegramente con todas sus consecuencias a la concepción católica del hombre, de la sociedad y de la vida. Concepción magníficamente desarrollada en el mensaje de Navidad de 1942, de Su Santidad Pío XII: dignidad y derechos de la persona humana; defensa de la unidad social y particularmente de la familia; dignidad y prerrogativas del trabajo; reintegración del ordenamiento jurídico —afirmando el derecho del hombre a la seguridad jurídica bajo la tutela de la autoridad judicial— y concepción del Estado según el espíritu cristiano: Estado al servicio de la sociedad y obligado al pleno respeto de la persona humana y de su actividad en orden a la consecución del fin eterno.

Como epílogo de este breve comentario nos complacere repetir las palabras que inserta el Dr. Sancho Izquierdo, Rector de la Universidad de Zaragoza, "a manera de prólogo", en el libro del Sr. Aragües: "Sólo sintiéndonos caídos y levantados luego por un Redentor que quiso asociar a sus méritos nuestras obras, alegres en nuestra esperanza —frente al pesimismo trágico de Lutero—; sólo sintiéndonos hermanos, como hijos de un Padre común, miembros del cuerpo místico de Cristo —frente al individualismo de Rousseau—, podemos marchar sobre realidades, pero sin que nuestras pisadas se hundan en el fango del hedonismo para luego resbalar por peligrosas pendientes..."

Creemos que la obra que hemos pretendido comentar, cuidadosamente impresa y con un buen repertorio bibliográfico, es una excelente aportación al campo filosófico y jurídico de nuestros días. Una vez más, la doctrina católica nos ha de iluminar en la habélica confusión de la hora presente.

Fernando Díaz Palos

CON CENSURA ECLESIASTICA

## *La Inquisición*

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores  
10 pesetas



## *Historia de las sociedades secretas*

en 3 tomos  
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores  
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra administración

## **El Liberalismo es pecado**

*Dr. D. Félix Sardá y Salvany*

Obra que, a pesar de  
haberse escrito hace  
más de cincuenta  
años, conserva toda  
su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION  
Precio especial para nuestros suscriptores:

**4 ptas. ejemplar**

## **CRISTIANDAD**

REVISTA QUINCENAL

### *Suscripción:*

Anual . . . 100'00 ptas.  
Semestral . 50'00 "  
Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5<sup>25</sup> pts.  
Encuadernar . . . . . 25 >  
Tomo encuadernado . 125 >



Pagamos Ejemplar número 39 a 10 pesetas  
Teléfono 22446

### Llamamiento de los niños alemanes a los niños y madres españoles

«NOS ESTAMOS MURIENDO  
DE HAMBRE Y DE FRIO.  
Estamos seguros de que voso-  
tros tendréis compasión y haréis  
lo posible por socorrernos. Así  
se lo pedimos al Señor y a la  
Virgen, nuestra madre.»

### DONATIVOS

MADRID: P. Carlos Saurer, S. J., Delegado de  
los Obispos alemanes. Alberto Aguilera, 23  
BARCELONA: Cuenta cte. «Liga de Caridad»  
Banco Hispano Americano y Banca Tusquets  
Para donativos ropa, etc. (aun usados):  
Colegio PP. Jesuitas. Caspe, 25

# TIP TOP

LA NOVEDAD DE LA FERIA DE MUESTRAS  
DE BARCELONA



Concesionario para Cataluña-Baleares:  
Mont. Avda. Generalísimo, 463-Telf. 77188

**BARCELONA**

Se solicitan concesionarios para el resto de España  
Pta. del Angel, 24, 2.º, 2.º - Telf. 17094



## TALLERES NOTARIO

INDUSTRIA MECÁNICA

CADENAS, PEDALES  
y CARRETES para  
bicicletas, marca  
«NOTARIO»

Calle Sugrañes, 22  
Teléfono 31560  
**BARCELONA (Sans)**

### NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN

Distribuidos ya los índices correspondientes al año 1947, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto puede remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono 22446 y les serán recogidos en su domicilio.

El Precio es de 25 ptas.



*Visite las Cuevas  
de Artá*

## VOZ DE ESPAÑA

SOCIEDAD ANÓNIMA



Doblaje de Películas



**BARCELONA**